Comedias



[...]s GABALDÓN

Caricatura de TOVAR

2

[Mi]guel de UNAMUNO TODO UN HOMBRE

MODAS

Jacinto BENAVENTE

50 céntimos

NUMERO XX :-: 3 DE JULIO DE 1926 :-: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 :-: MADRID :-: Apartado 8.036

Precios de suscripción.—*España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

Imp. de F. Moliner, Leganitos, 54, MADRIL

JULIO DE HOYOS

TODO UN HOMBRE

ESCENIFICACIÓN EN CINCO JORNADAS DE LA NOVELA DRAMÁTICA
- DE DON MIGUEL DE UNAMUNO -

"NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE"

Estrenada en el Teatro Infanta Beatriz, de Madrid, el 19 de diciembre de 1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA YAÑEZ............	Irene L. Heredia.
MARGOT........................	Manolita Ruiz.
MARQUESA.....................	Ana Leyva.
DOÑA ANA......................	María López Martínez.
DONCELLA	Julia Tejera.
ALEJANDRO GÓMEZ..	Ernesto Vilches.
DON ALBERTO ROBLES..........	Ramiro de la Mata.
EL CONDE DE BORDAVIELLA...	Julián de la Cantera.
PEDRO..........................	Antonio Vico.
UN CABALLERO	Nicolás Perchicot.
DOCTOR SUAREZ................	Alejandro Navarro.
CRIADO.........................	Fernando Andrade.

La acción de la primera jornada se desarrolla en Renada, capital imaginaria de una provincia castellana, y las del resto de la obra en Madrid.

Epoca actual; derecha e izquierda, las del actor.

JORNADA PRIMERA

Sala modesta en la planta baja de una casa castellana. Al foro, un amplia reja, por donde se ve la calle; una puerta en el lateral de derecha y dos en el de la izquierda. Frente a la reja, un velado con dos butacas, y una cómoda entre las dos puertas de la izquie da. En el centro de la estancia, una lámpara eléctrica. Los dem enseres, a discreción. Comienza a desarrollarse la acción en las ú timas horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JULIA y DOÑA ANA. (Julia está sentada junto al velador, in tentando leer, pero sin conseguirlo, por lo nerviosa; Doña An finge, asomada a la puerta de la derecha, que despide a alguien

ANA. Bueno, bueno; no salgo, no; que ustedes lo pasen bie (*Dirigiéndose a Julia.*) ¿Ya estamos así? Pero, hij ¿no te cansa tanto leer? (*Pausa, en la que Julia no re ponde.*) Mira, voy a empezar a creer que tiene razón t padre cuando piensa que las novelas ésas que lees te va a volver el juicio.

JULIA. Haz el favor, mamá, de no recordarme lo que pien sa mi padre, y... ¡vamos, no me hagas hablar!

ANA. ¡Jesús! ¡Estás, hace unos días, imposible; pero lo qu es hoy... Vamos, es que no se te puede ni mirar s quiera... Ya sabes que yo no le doy siempre la razón tu padre, ni mucho menos; pero en lo que te ha a vertido sobre los noviazgos ésos, debes hacerle caso. S sigues así vas a desacreditarte.

JULIA. ¿Si sigo cómo?

ANA. Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquirirá fama de coqueta, y...

JULIA. Mejor, madre, mejor. Así acudirán más mientras m dure el palmito que Dios me ha dado, y podré encon trar el mío, el hombre, el verdadero hombre que m defienda y me redima de todas las miserias que me r dean.

ANA. ¿Lo ves cómo te pones? ¿Lo ves?

JULIA. Y tú, ¿no lo ves? ¿No lo ves?

ANA. Pero ¿el qué? (*Pausa.*)

JULIA. ¿A qué han venido esos hombres?

ANA. ¿Esos qué...?

JULIA. Sí, sí, esos que acaban de salir.

ANA. ¿El procurador y el...?

JULIA. Sí, sí; mujer, sí.

ANA. ¡Ay, no sé, hija; cosas de tu padre! Ya sabes que

no da explicaciones de nada. Asuntos suyos. ¿Es cosa extraña que un agente de negocios, como es tu padre, tenga trato con los procuradores? No veo...

JULIA. ¡Asuntos! ¡Negocios! Pero, mamá, en veintitantos años junto a él y habiendo sufrido a su lado todo lo que has sufrido, ¿aun no has logrado conocerle? ¿Aun no no sabes de lo que es capaz?

ANA. Pero, hija, ¿a qué viene eso? El que se te aconseje que no andes tonteando con unos y otros, ¿es para que te pongas así?

JULIA. ¿Y que voy a hacer, mamá? ¿Vivir prisionera como un esclava hasta que llegue el sultán a quien papá me venda?

ANA. No digas eso, hija mía...

JULIA. ¿No he de poder tener un novio como le tienen las demás?

ANA. Sí; pero un novio formal.

JULIA. ¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

ANA. ¡Quererse!... ¡Quererse!...

JULIA. Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

ANA. Ni contigo, ni con tu padre, se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casé!

JULIA. Eso es lo que no quiero tener que decir un día. Y mira, estoy tan decidida, tan resuelta, que te lo advierto para que no os sorprenda cualquiera resolución que tome. ¡Ya lo sabes!

ANA. Pero a ver, hija, cuéntame, ¿qué ha ocurrido?, porque entre todos me vais a volver loca.

JULIA. Pues ha ocurrido que esos hombres que acaban de salir han estado tratando con mi padre de parte de... ¡el indiano ése!

ANA. ¿De Alejandro Gómez?

JULIA. ¡De Alejandro Gómez!

ANA. ¿No serán suposiciones tuyas, hija?

JULIA. (*Sacando del libro dos cartas.*) Aquí están las pruebas.

ANA. ¿Te ha escrito? (*Pausa.*) ¿Y tú le has contestado?

JULIA. Sólo a la primera carta, que era la consabida declaración. ¡Pero te aseguro que me burlé de lo lindo! Tanto debió de escocerle, que el hombre, lleno de soberbia, me respondió con estas palabras, trazadas en letras grandes y angulosas: (*Leyendo.*) «Usted será mía; Alejandro Gómez sabe conseguir lo que se propone.» Y aunque al leerla la risa asomó a mis labios, noté,

al mismo tiempo que me invadía un calofrío temblón, que todavía me acomete cupando lo recuerdo.

ANA. ¿Y por qué?

JULIA. Porque ése es el único ya que puede librar a mi padre de... la catástrofe con que le amenazan sus asuntos, sus negocios... Y yo la última carta que le queda por jugarse.

ANA. Perc ¿qué tiene que ver esto con... ese hombre?

JULIA. Ese hombre, mamá, es un ladino y un cínico. Oiría hablar de mí, y se diría, probablemente: «Hay que ver eso». Me vió, y seguramente dijo: «¡Hay que conseguirla!» Y ya que no ha logrado deslumbrarme con esos millones que le suponen, quiere comprarme ahora, sabiendo quién es mi padre y las circunstancias en que se encuentra.

ANA. ¡Jesús, Jesús!

JULIA. Sí, sí; no te quepa duda. ¿En qué, si no, iba a funda mi padre las esperanzas que tiene de... arreglarlo todo

ANA. ¡Qué casa! ¡Qué casa ésta, Señor! (*Mutis segunda izquierda.*)

ESCENA II

JULIA y PEDRO, que aparece detrás de la reja.

JULIA. ¡Pedro!

PEDRO. Te sorprende, ¿verdad?

JULIA. Sí... y no.

PEDRO. Me lo explico perfectamente. Después de una conduct que no podía pasarte inadvertida, era de esperar qu al fin un día viniese a parar a ti. Lo que te sorprend es que me haya atrevido a venir a tu casa. ¿Acerté?

JULIA. Acertaste... y ojalá la fortuna te ayude para segu acertando.

PEDRO. Ese es mi mejor deseo, y a eso he venido. Esperab una oportunidad; pero he observado en esta casa ciert cosas...

JULIA. ¡Ay, Pedro, si tú supieras!

PEDRO. ...que me han decidido a salir de dudas, a afrontar todo...

JULIA. (*Interrumpiéndole vivamente.*) ¿Afrontarlo todo has d cho, Pedro?

PEDRO. Sí, Julia, sí; decidido a afrontarlo todo, me dije: ¡ primero, a hablar con su padre!

JULIA. (*Defraudada.*) Yo creí que lo primero era hablar co migo.

PEDRO. ¿Para qué? ¿Para que nos sorprendiera tu padre y t ner un disgusto sin necesidad? El solo propósito q

me ha empujado hasta aquí puede darte la medida de mi cariño.

JULIA. ¿Estás seguro de tu cariño, Pedro?

PEDRO. Si pudieras ponerme a prueba te convencerías. (*Pausa.*)

JULIA. ¿Y si pudiera?

PEDRO. ¿Se te ocurre una prueba mejor que la de venir a vérselas con tu padre?

JULIA. Con hablar a mi padre no habías de conseguir nada.

PEDRO. ¡Quién sabe!

JULIA. Lo sé yo, positivamente... y lo sospechas tú.

PEDRO. Es que ahora... pueden haber variado las cosas.

JULIA. Pues por eso mismo.

PEDRO. Entonces, ¿qué es lo que se te ocurre?

JULIA. ¿No vas a arrepentirte de lo que has dicho?

PEDRO. A ver, dí.

JULIA. ¿No vas a acobardarte?

PEDRO. A ver, ¿qué se te ocurre?

JULIA. (*Después de una breve lucha consigo misma.*) ¡Que me robes!... Sí, sí; prefiero ser robada a ser vendida, que es lo que pretende mi padre.

PEDRO. Julia, ten calma, mujer... Con que te resistas, basta.

JULIA. ¡Qué sabes tú cómo se han puesto las cosas! Imposible, imposible! Si me quieres, no hay que perder un minuto, ni un minuto.

PEDRO. Mira, Julia, yo no me opongo a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero después que nos hayamos fugado, ¿adónde vamos, que hacemos?

JULIA. Eso se verá.

PEDRO. No; eso se verá, no; hay que verlo ahora. Yo, hoy por hoy, y durante mucho tiempo, no tengo de qué mantenerte; en mi casa sé que no nos admitirían, ¡y en cuanto a tu padre!... De modo, que dime: ¿qué hacemos después de la fuga?

JULIA. ¿Qué? ¿No vas a volverte atrás?

PEDRO. ¿Qué hacemos?

JULIA. ¿Vas a tener valor?

PEDRO. ¿Pero, qué hacemos, dí?

JULIA. Pues... ¡matarnos!

PEDRO. ¡Tú estás loca, Julia!

JULIA. Loca, sí; loca de desesperación, loca de asco, loca de horror a lo que pretenden hacer conmigo. Y si tú estuvieses loco de amor por mí, no dudarías en hacer lo que fuera.

PEDRO. Pero, fíjate, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y tú no dices que te

matarías conmigo por estar loca de amor por mí, sino loca de asco a tu casa y a tu padre... ¡No es lo mismo!

JULIA. (*Descorazonada.*) ¡Ah! ¡Qué bien discurres! Marcha, Pedro, marcha.

PEDRO. ¿Y me despides por eso?

JULIA. Por eso.

PEDRO. ¿Porque discurro bien?

JULIA. Porque el amor no discurre.

PEDRO. Pero, Julia, piensa que...

JULIA. (*Sonriendo, burlona.*) Piensa que... podría sorprendernos mi padre y tener un disgusto...

PEDRO. Supongo, Julia (*contrariado y ofendido.*) que no creerás que tengo miedo por mí.

JULIA. ¿Miedo tú? ¡Cómo voy yo a creer en eso!

PEDRO. Lo dices de una manera, que me ofende.

JULIA. ¿Miedo un hombre cuando se trata de salvar a la mujer a quien quiere? ¡Cómo voy a creer eso de ti!

PEDRO. Comprendo perfectamente (*Con ironía.*); me has dado una lección y quiero demostrarte que soy buen discípulo. Tienes razón; ante mujeres como tú, no se debe reparar en nada. ¿Mantienes lo que me has dicho?

JULIA. Pero... (*Dudando.*)

PEDRO. ¿Es que pensabas reírte de mí?

JULIA. (*Con orgullo.*) No está mi ánimo para risas.

PEDRO. ¿Serás capaz de hacer lo que has dicho?

JULIA. Yo no tengo más que una palabra.

PEDRO. (*Tomándole la mano y sonriendo.*) Dentro de un momento estoy aquí con un auto, que yo mismo conduciré. Cuando oigas la bocina...

JULIA. (*Radiante de alegría.*) ¡Pedro!

PEDRO. ¿Saldrás?

JULIA. ¡Saldré!... Marcha, que viene alguien. (*Mutis Pedro. Oscurece.*)

ESCENA III

JULIA y DOÑA ANA, por la segunda izquierda.

ANA. ¿Con quién hablabas, Julia; no me lo niegues; con quién hablabas?

JULIA. Con Pedro.

ANA. ¡Jesús, si tu padre se entera! Cuando digo que hace unos días no hay quien te entienda...

JULIA. ¿Nadie...? ¿Tú crees?

ANA. Bueno, bueno; no empecemos, Julia. Mira, tu padre me acaba de decir que quiere hablar contigo.

JULIA. (*Riendo irónica.*) ¡Qué novedad!

ANA. No, hija; es que lleváis una semana sin dirigiros la palabra.

JULIA. ¿Y se le ocurre, precisamente, después de esa visita?

ANA. No te enmendarás, hija, no te enmendarás.

JULIA. Pues dile que ahora no puedo, que espere... (*Ríe.*) ¡que espere sentado! (*Haciendo mutis.*)

ANA. Pero, Julia. Pero, hija.

JULIA. Sentado... sentado. (*Mutis.*)

ESCENA IV

DOÑA ANA y DON ALBERTO, por el foro.

D. ALB. Vamos a ver, ¿qué pasa en esta casa?

ANA. ¡Ay, don Alberto! Eso digo yo también, eso. ¿Qué pasa en esta casa?

D. ALB. Señora; de ayer a hoy no será cosa de mucho cuidado. Digo yo.

ANA. No es a lo que usted se refiere. Se le ha llamado, porque mi marido está algo malucho, pero no de cuidado. Ha hecho su vida ordinaria, solo que de su despacho no ha salido.

D. ALB. ¡Vaya! Sobra de preocupaciones, nada más; créame a mí. Nada más, doña Ana.

ANA. Eso, eso; ya ve usted, estando así no debía de haberse ocupado hoy de nada y ha estado toda la tarde encerrado con don Justo, el procurador.

D. ALB. ¿Ha estado aquí don Justo?

ANA. Toda la tarde, sí señor.

D. ALB. ¿De parte de quién? (*Intencionadamente.*)

ANA. Creo que sí, sí, de parte del que usted piensa. (*Pausa.*) Y diga, don Alberto, usted que le trata, ¿quién es ese hombre?

D. ALB. ¡Quién lo sabe, señora! Sé que es hombre voluntarioso y tozudo y muy reconcentrado. Que de pequeño le llevaron a Cuba y a Méjico después, y que allí, no se sabe cómo, fraguó una gran fortuna.

ANA. Hablan de millones de duros, y dicen también que es viudo y sin hijos.

D. ALB. Eso creo.

ANA. Y a propósito de esto, ya ve usted, lo que una oye por ahí, corren historias... poco tranquilizadoras.

D. ALB. Cualquiera sabe, doña Ana. Lo cierto es que nadie sabe nada de su origen ni de sus antecedentes; nadie le oyó jamás hablar de sus padres, ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez.

ANA. Hombre extraño, ¿verdad?

D. ALB. Muy extraño. No es hombre a quien se pueda conocer

así, al primer golpe de vista. Su propia fortuna se ignoraría si él mismo no hiciera continuamente pregón de ella. Cuando se le habla de alguna cosa difícil, él dice que con dinero se consigue todo.

ANA. No siempre.

D. ALB. Eso le digo yo; pero él responde que los que lo han heredado no van a ninguna parte; pero los que, como él, lo han sabido hacer a puño, ésos pueden lograrlo todo si se lo proponen... Y eso es cuanto puedo decirle del tal Alejandro Gómez. (*Pausa.*) ¿Y Julia?

ANA. No me diga usted, anda hoy de los nervios... atroz.

D. ALB. ¡Je, je! cosas de muchachas casaderas. Los novios, doña Ana, los novios... La verdad es que no tiene la pobre chica la suerte que merece.

ANA. A propósito, don Alberto; hoy sé que ha estado aquí Pedro. ¿Qué le parece a usted Pedro?

D. ALB. Psch... No es mal muchacho, no, es ya un hombre, además; pero es algo tufiñas, algo cascarrabias, poco decidido también; ya ve usted, otro a sus años se bandearía ya por su cuenta fuera de los padres... Qué sé yo; no me parece el más indicado... En fin...

ANA. Perdone estas expansiones, don Alberto. Aquí no se puede hablar con nadie, con nadie...

D. ALB. ¿Vamos a ver a su esposo?

ANA. Sí, sí; perdone usted. Vamos, vamos. (*Mutis los dos por segunda izquierda.*)

ESCENA V

JULIA, sola. Aparece por el mismo sitio que hizo mutis, ataviada con un abrigo y un sombrerito. Nerviosa, y con precipitación, saca de la cómoda un monedero pequeño, que examina y guarda en el seno. La escena se supone iluminada solamente por la luz de la calle, que penetra por la reja, a través de la cual se ve que se ha hecho ya de noche. A lo lejos se oye la bocina de un automóvil, y se sobresalta; va hacia la reja, mira, y se dirige hacia la puerta de la derecha. En este momento, los potentes faros de un automóvil, penetrando por la reja, van a detenerse en la puerta por donde ella va a salir, y queda como clavada en el suelo al ver la figura de Alejandro Gómez, iluminada por la luz de los faros. Alejandro queda ocupando la puerta y ambos personajes se miran un momento fría y silenciosamente.

ESCENA ULTIMA

JULIA y ALEJANDRO

ALEJ. Bien veo que no era a mí a quien esperaba usted.

JULIA. No tenía por qué esperarle. Supongo que vendrá bus-

cando a mi padre. (*Da luz y se ilumina la lámpara del centro.*)

ALEJ. Cierto.

JULIA. Puede entrar ahora mismo. Si prefiere que se le avise, llamaré a mi madre o a la criada. (*Haciendo intención de dirigirse para salir hacia la puerta derecha.*) Y perdone, que tengo que salir con mucha urgencia.

ALEJ. (*Sin moverse de la puerta.*) Un momento. Para que se tranquilice, respecto a la urgencia de esa salida, le aseguro a usted que por estos alrededores no hay otro coche que el que acaba de detenerse a la puerta de esta casa, y que ese coche no espera a nadie más que a mí.

JULIA. ¿Y qué quiere usted decir con eso?

ALEJ. Quiero decir... que ese vanidoso que hablaba con usted por la reja, y al cual acabo de dejar en el Casino, está contando a todos que usted pretendía hacerle perder los estribos y que la robara.

JULIA. ¡Jesús! ¡Mentira, mentira! Usted le calumnia. Eso no lo ha dicho Pedro.

ALEJ. (*Avanza muy tranquilo.*) Pues si él no lo hubiera dicho, ¡cómo iba yo a saberlo!

JULIA. (*Llorosa.*) ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué vergüenza, Dios mío! Vil como aquél, y como el otro y como el otro. ¡Vil y canalla, como hombre, y como todos los hombres!

ALEJ. ¡Alto ahí! Sepa usted que en el mundo hay muy pocos hombres, que en este pueblo no hay más que uno, y que a ése..., no le ha tratado usted todavía.

JULIA. Acabemos. Usted dijo que venía...

ALEJ. A decir a su padre que todo está arreglado. (*Subrayando estas tres últimas palabras. Julia pretende salir.*) Calma. Para poder decirlo, sin faltar a la verdad, antes tengo que darle a usted esto. (*Saca un sobre grande con papeles y se lo ofrece, y al ver que Julia no lo toma lo deja encima de la cómoda.*)

JULIA. A mí no me tiene que dar nada.

ALEJ. Pero es preciso que entregue a su dueña lo que es suyo.

JULIA. ¿Quiere hacer el favor de hablar más claro? (*Se ha quitado el sombrero.*)

ALEJ. Prepárese usted.

JULIA. Estoy preparada para todo.

ALEJ. En ese sobre se encuentran todos los papeluchos que amenazaban llevar a su padre a...

JULIA. Acabe, acabe.

ALEJ. A presidio.

JULIA. ¿Se puede saber qué es lo que se propone usted?
ALEJ. Ya lo he dicho; entregárselos a su dueña.
JULIA. Eso, a mi padre.
ALEJ. He dicho a su dueña, y su dueña es usted, porque aunque ha intervenido mi dinero para adquirirlos, usted es quien los ha comprado. El dinero mío no ha sido más que el apoderado de la hermosura de usted. ¿Comprende?
JULIA. ¡Oh! ¡Demasiado comprendo! Comprendo tanto, que le aseguro que si ahora mismo no se lleva usted eso e insiste en afirmar que soy su dueña, yo misma iré a devolvérselos a quienes los tenían.
ALEJ. Perdería usted el tiempo. Nadie tiene interés en ir contra su padre de usted, del que no pueden sacar nada. Ellos no quieren más que sus dineros, y ahora que los tienen no van a soltarlos a cambio de esos papelotes inútiles.
JULIA. ¿Y era eso lo que anduvieron tratando con mi padre los apoderados de usted?
ALEJ. ¿No le dije que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¡Venirme con aquellas cosas a mí! ¿A mí? (*Al ver Julia esta manera de hablar se estremece.*) ¿Pero, qué le pasa?... Parece que está usted mala, Julia.
JULIA. ¡No, no; estoy bien!
ALEJ. Entonces, ¿por qué tiembla así?
JULIA. Algo de frío acaso...
ALEJ. Frío, no; miedo.
JULIA. ¿Miedo? ¿Miedo de qué?
ALEJ. ¡Miedo... a mí!
JULIA. ¡Y por qué he de tenerle miedo?
ALEJ. Eso digo yo. (*Julia rompe a llorar.*) ¿Es que soy algún ogro?
JULIA. ¡Es que me han vendido! ¡Sí, me han vendido!
ALEJ. ¿Y quién dice eso?
JULIA. ¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no seré de usted... sino muerta!
ALEJ. (*Acercándose hacia Julia lentamente.*) Serás mía, Julia, serás mía... ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más! (*Julia va huyendo de Alejandro a medida que él se le acerca. Está sorprendida y amedrentada.*) A ver, ¿qué hice yo para que te pongas así? (*Cada vez que Julia se oye tutear de Alejandro, protesta con un gesto de ira contenida.*) ¿Es una mala acción el salvar esta casa de la ruina, el salvar a tu padre del presidio, el salvarte a ti de toda esta vergüenza?
JULIA. ¡Ya veo, ya, lo bien calculado de sus planes! (*Se sien-*

ta sollozante sobre una silla.) No puedo más! ¡Todo me acecha, todo me acosa, todo me acorrala y, al fin, todo me vence!... ¡La vergüenza, la ruindad, la cobardía!... ¡Son demasiadas fuerzas contra la sola debilidad de una pobre mujer!... ¡No puedo, no puedo más! ¡Hagan de mí lo que quieran!

ALEJ. ¿Qué quieres decir con eso?

JULIA. No sé... no sé lo que digo...

ALEJ. ¿Qué es eso de que hagan de ti lo que quieran?

JULIA. Sí, que puede usted...

ALEJ. (*Acercándose mucho a Julia e interrumpiéndola con una noble y altiva exaltación.*) Pero es que lo que yo quiero, óyelo bien, lo que yo quiero es hacerte mi mujer. (*A Julia se le escapa un grito, lleno de sorpresa, de incredulidad y de alegría contenida, mientras se queda mirando al hombre, inmóvil y como hipnotizada.*) ¡Pues qué creías!

JULIA. Yo creí... vamos, supuse... (*Los sollozos no la dejan terminar.*)

ALEJ. Sí, mi mujer, la mía... (*Va a cogerle una mano y ella se adelanta con las suyas.*) ¡Mi mujer legítima, claro está! La ley sancionará mi voluntad. O mi voluntad la ley. (*Pausa.*) Voy a tener la mujer más hermosa del mundo, ¿verdad, Julia? (*Ella le mira entre sorprendida y dudosa.*) Ahora es cuando puedo ir a decirle a tu padre que ya está todo arreglado. (*Mutis segunda izquierda.*)

TELON

JORNADA SEGUNDA

Gabinete lujoso con puerta al foro y una a cada lateral. En el primer término de la derecha hay un velador tablero de ajedrez y en el de la izquierda una mesita de te. La acción comienza en las primeras horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JULIA y ALEJANDRO, sentados junto a la mesita de la izquierda. Ella está sirviéndole el café y él leyendo *El Financiero*. Un CRIADO espera de pie y, al final, se lleva el servicio.

JULIA. ¿Te gusta más que el que tomáis por ahí?

ALEJ. ¡Sí, buena diferencia! Pero, de todos modos, no saben

hacer aquí el café como en Cuba. Allí lo tuesta cada cual en su casa y sólo la cantidad necesaria para cada vez. Un día voy a hacerlo yo al estilo de allá y verás la diferencia... Ya veo el tablero preparado. Ahora a esperar que venga el conde, ¿eh?

JULIA. Me gusta mucho, la verdad. ¡El ajedrez, por supuesto!

ALEJ. (*Sonriendo.*) ¡No, que iba a ser el majedero ése!

JULIA. ¿Por qué le tratas así? Pues mira, es muy desgraciado.

ALEJ. El se tiene la culpa. A un hombre a quien su mujer le hace lo que a él la suya no se le puede tener lástima. Cada día corre una adivinanza respecto al cirineo conyugal de ese mantecato, y él lo tolera...

JULIA. Es que su casa es un verdadero infierno.

ALEJ. Sí, un infierno; pero de muy pocas llamas.

JULIA. Pensó encontrar la felicidad constituyendo una familia, y el pobre...

ALEJ. ¡Qué familia ni qué ocho cuartos! El se casó por la dote de ella, y ella, por el título de él. Después, él se dedicó a desbaratar la fortuna y ella a estropear el título. Lo demás son monsergas que él te cuenta para hacerse el interesante. Familia. ¡Valiente familia!

JULIA. Oye, Alejandro, ahora que hablamos de eso... nunca me has dicho nada de la tuya.

ALEJ. ¿Familia? Yo no tengo hoy más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

JULIA. ¿Pero y tus padres?

ALEJ. Haz cuenta que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. ¡Yo me he hecho solo!

JULIA. Otra cosa quería preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo.

ALEJ. ¿Que no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que me hayas dicho?

JULIA. No, nunca, no tengo queja...

ALEJ. ¡Pues no faltaba más!

JULIA. No, no tengo queja; pero...

ALEJ. Bueno, pregunta y acabemos.

JULIA. (*Arrepentida.*) No, no te lo pregunto.

ALEJ. (*Con energía, pero sin amenaza.*) ¡Pregúntamelo! (*Pausa.*)

JULIA. (*Tímidamente.*) Pues bueno, dime; ¿tú eras viudo?

ALEJ. (*Queda un momento suspenso y frunce el entrecejo, como si por su frente pasara una densa sombra.*) Sí, era viudo.

JULIA. ¿Y tu primera mujer?

ALEJ. A ti te han contado algo...

JULIA. No, pero...

ALEJ. (*Mirándola fijamente.*) A ti te han contado algo, dí.

JULIA. Pues sí, he oído algo...

ALEJ. ¿Y lo has creído?

JULIA. No, no lo he creído.

ALEJ. ¡Claro, no podías ni debías creerlo!

JULIA. No, no lo he creído.

ALEJ. Es natural. Quien me quiere, como me quieres tú; quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.

JULIA. ¡Claro que te quiero! (*Pretendiendo provocar una confesión recíproca.*) Y tú a mí, Alejandro, ¿me quiéres? ¡Dímelo! ¿Me quieres? Nunca me hablas de eso.

ALEJ. Solamente los tontos hablan de esas cosas: «Encanto... rica... hermosa... querida...» ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¿Con esas cosas a mí? ¿A mí? Esas son cosas de novelas. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

JULIA. Y me gusta todavía.

ALEJ. Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construir en ese solar de ahí al lado un gran pabellón para biblioteca y te lo lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán aquí.

JULIA. ¡Qué cosas dices!...

ALEJ. Bueno, a lo que estábamos. A ti te han dicho que me case en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?

JULIA. Sí, eso me han dicho.

ALEJ. ¿Y lo creíste?

JULIA. Ya te he dicho que no. No pude creer que matases a tu mujer.

ALEJ. Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía? (*Alejandro subraya la palabra «cosa» y Julia se estremece al oirlo.*) Habría sido una absoluta necedad. ¿Para qué? ¿Para heredarla? Pero si yo disfrutaba de su fortuna, lo mismo que disfruto hoy de ella. ¡Matar a la propia mujer! ¡No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!

JULIA. (*Tímidamente.*) Ha habido, sin embargo, maridos que han matado a sus mujeres.

ALEJ. ¿Por qué?

JULIA. Por celos o porque les faltaron ellas .

ALEJ. ¡Bah, bah, bah! Los celos son cosas de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? ¿A mí?... A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquélla, no me puedes faltar tú!

JULIA. Me duele oirte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte!

ALEJ. Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

JULIA. ¡Claro!

ALEJ. Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible!... Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

CRIAD. Señora... (*Por la izquierda.*)

JULIA. ¿Qué hay?

CRIAD. El niño acaba de salir en el cochecito con la miss.

JULIA. Está bien... Oiga, ¿marchó contento?

CRIAD. Sí, señora... ¿Manda algo?

JULIA. No, nada. (*Mutis el criado, por la misma puerta.*) ¡Qué hijo más rico! ¿Verdad?

ALEJ. Verdad... Mira, ¿no me preguntabas hace un momento por mi familia? Pues ahí la tienes. Ahora tengo ya familia y quien me herede y continúe mi obra.

JULIA. ¿Y si no hubiese venido?

ALEJ. ¡Imposible! Tenía que venir. Tenía que tener un hijo yo, yo.

JULIA. Pues hay muchos que se casan y no los tienen.

ALEJ. Otros sí; pero yo, no. Yo tenía que tener un hijo.

JULIA. ¿Y por qué?

ALEJ. Porque tú no podías no habérmelo dado.

ESCENA II

JULIA, ALEJANDRO, DON ALBERTO y el CRIADO, que aparece por el foro con una tarjeta en una bandeja.

ALEJ. (*Coge la tarjeta, la lee y se la da a Julia.*) ¡Hombre, que pase en seguida! (*El criado sale y vuelve al momento, invitando a don Alberto, y hace mutis.*)

JULIA. ¡Qué sorpresa!

D. ALB. Señores de Gómez...

JULIA. ¡Ingratón! Tres días ya en Madrid y sin venir hasta hoy.

ALEJ. ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo cuando uno se propone de verdad alguna cosa la consigue?

D. ALB. ¡Trabajillo costó; pero, vaya, al fin, ya estoy al lado de mis hijos! La chica, de maestra en la Normal; el chico, de interno en San Carlos; ¿qué hacía yo en Renada solo?

JULIA. Diga usted que sí.

D. ALB. Pero no quería ser gravoso a nadie, y hasta que he conseguido esta plaza de médico en la Beneficencia provincial no he querido venir.

ALEJ. Muy bien hecho.

D. ALB. Pero, bueno; lo que yo no quiero de ninguna manera es que me traten como de cumplido. He venido a esta hora suponiendo que era la mejor para encontrarles a los dos en casa; pero yo sé que usted, Alejandro, tiene la costumbre de ir al Círculo después de comer y no consiento que por mí se retrase.

ALEJ. Nada de eso. Esta tarde viene usted conmigo y allí charlamos.

D. ALB. Un momento nada más, porque estos primeros días hay cosas que hacer.

ALEJ. Usted, cuando se canse o le parezca bien, se marcha.

D. ALB. Conformes.

ALEJ. Pues voy a recoger unos papeles y en seguida soy con usted. Ahora ahí a hablar de las cosas del pueblo. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA III

JULIA y DON ALBERTO

D. ALB. Aun no salgo de mi asombro, señora de Gómez. ¡Esto se llama vivir, pero bien, bien, carape! ¿Supongo que ahora no tendrás queja de la suerte?

JULIA. ¿Usted cree, don Alberto?

D. ALB. ¿Todavía? ¡Eres insaciable! ¿Pero, qué deseas ahora, muchacha?

JULIA. Una cosa que parece sencilla, o al menos, que es justa. Lo que cualquier mujer casada tiene derecho a saber: si la quiere o no su marido... Eso es lo que me falta y eso es lo que deseo, don Alberto.

D. ALB. ¡Ay, ay, ay! ¡Esa cabecilla, como siempre! De seguro que se trata de preocupaciones que tú misma te buscas sin necesidad. En cinco años de casada ¿no has tenido ocasión de saberlo?

JULIA. Le aseguro que no.

D. ALB. ¿No te trata bien?

JULIA. Hasta casi me mima.

D. ALB. Pues...

JULIA. Pues, a pesar de todo, aún no sé si me quiere, y mientras me quede esa duda, creeré que me ha comprado para su regalo y su orgullo, y esto sería para mí la más vergonzosa de las ventas.

D. ALB. ¡Pero qué cosas te forjas!

JULIA. Esto hace que yo me encuentre sola y como rodeada de un enigma que no puedo descifrar: ¿me quiere o no me quiere?... No, no, don Alberto; necesito saber-

lo y he de poner en la empresa todos los medios que estén a mi alcance, sean de la índole que sean. Todo antes que esta duda, con la cual no puede haber felicidad para mí.

D. ALB. Cuidado, Julia, en llevar la duda más allá de lo que la realidad aconseja.

JULIA. ¡Pues en la misma realidad me fundo! Mire usted, en la gran libertad que preside la vida de esta sociedad en que vivimos, hay sobradas ocasiones que se prestan al equívoco. Continuamente me veo yo amenazada por esta situación... ¿Cree usted que Alejandro siente la menor intranquilidad por ello? Me deja en una libertad tan absoluta, que si no es indiferencia se lo asemeja bastante.

D. ALB. No es indiferencia; es seguridad, sencillamente.

JULIA. ¿Seguridad, en quién?

D. ALB. ¡En quién! En ti.

JULIA. ¡O en él!

D. ALB. Pues, hija, te vi salir milagrosamente del infierno de la casa paterna y ahora te encuentro metida en otro infierno en tu propia casa.

JULIA. Debe ser ese mi destino.

ESCENA IV

JULIA, ALBERTO y ALEJANDRO

ALEJ. (*Por la derecha dispuesto para salir de casa.*) Andando. Cuando usted quiera...

JULIA. ¿Pero vas a ir así al Círculo, Alejandro?

ALEJ. ¿Pues cómo voy?

JULIA. Así, hombre, con ese traje tan usado.

ALEJ. Es como únicamente me gustan. Los trajes nuevos, recién planchaditos, con la rayita en las perneras, me sacan de quicio. Eso de que tenga uno que tomar la forma del traje, en vez de ser el traje el que tome la forma de uno...

D. ALB. Claro que sí, hombre. ¿Qué más da?

ALEJ. Eso de presumir con los trapos se queda para las mujeres. Vaya, ¿vamos?

JULIA. Supongo que le veremos todos los días, ¿eh? (*A don Alberto.*)

D. ALB. Tanto, no digo; pero con mucha frecuencia, sí.

ALEJ. (*A Julia.*) No guardes «El Financiero», que todavía me queda algo que leer.

ESCENA V

JULIA, ALEJANDRO, DON ALBERTO, un CRIADO y el CONDE DE BORDAVIELLA

CRIAD. (*Por el foro.*) El señor conde de Bordaviella (*Se retira.*)

ALEJ. Vamos, ya tienes entretenimiento. (*A don Alberto.*) Un mentecato que no sirve más que para que las mujeres jueguen con él.

BOR. (*Entra por el foro, da la mano a Julia y a Alejandro y se inclina ante don Alberto.*) Julia, don Alejandro...

ALEJ. (*Presentándolos.*) El doctor don Alberto Kortes, antiguo amigo de Renada. El conde de Bordaviella.

BOR. ¿Salían ustedes?

D. ALB. No, no; si tienen algo que tratar, Alejandro, quédese, por mí...

ALEJ. ¡Qué disparate!

BOR. No, señor, nada.

ALEJ. El conde es aquí visita de confianza... (*Bajo a don Alberto.*) De absoluta confianza, se lo aseguro.

JULIA. Viene a continuar una partida de ajedrez conmigo.

BOR. Eso.

ALEJ. Vaya, pues que sea una buena patida, ¿eh? (*Se despiden, y Alejandro y don Alberto hacen mutis por el foro.*)

ESCENA VI

JULIA y BORDAVIELLA

JULIA. Aquí está el tablero tal y como lo dejamos.

BOR. Vengo sediento de venganza. (*Se sientan ante el tablero, el uno frente al otro, colocan las piezas de ajedrez y se ponen a jugar.*)

JULIA. Con que vengativo, ¿eh?

BOR. Es que la derrota de ayer fué vergonzosa. Y todo por no atacar con el ímpetu que debía.

JULIA. Pues ya lo sabe usted; a atacar sin contemplaciones.

BOR. Véase la muestra. ¡A la reina!

JULIA. Que le come ese caballo impunemente.

BOR. Es verdad. Perdone. Voy a librarle, que las señoras y los caballos siempre fueron mi debilidad.

JULIA. Le compadezco. Así le ha ido a usted.

BOR. Tiene razón, Julia, y hace bien en compadecerme.

JULIA. Cuidado con ese alfil.

BOR. Hoy mismo he tenido un disgustazo... ¡Al rey y a la reina!

JULIA. Y lo quiere usted pagar conmigo, por lo que veo.

BOR. ¿Con usted, Julia, con usted? ¡Si yo no tengo ot persona más que usted para desahogar mi corazón tanta amargura! Vaya, devuelvo la jugada para que crea eso.

JULIA. Siempre tan galante.

BOR. Y usted achacando siempre a galantería lo que es u necesidad de mi corazón.

JULIA. Pero es que cediendo va usted a perder.

BOR. Cediendo, Julia, se gana muchas veces. (*Con marca intención.*)

JULIA. (*Sin querer enterarse.*) No sé; acaso.

BOR. No le quepa duda. (*Dejando de jugar para mirarla*) ¡Ah, si nos hubiésemos conocido antes! ¡Antes de h berme unido yo a mi desdicha! Y usted...

JULIA. (*Interrumpiendo con sequedad.*) Y yo a la mía; ¿no eso?

BOR. No, no, no quería decir eso... no.

JULIA. (*Desde este momento dejan ambos el juego de ajedre*) ¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?

BOR. Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, su marido.

JULIA. ¿Y usted sabe que me habría entonces entregado a u ted?

BOR. ¡Oh, sin duda, sin duda!

JULIA. Qué petulantes son ustedes los hombres.

BOR. ¿Petulantes?

JULIA. Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible.

BOR. ¡Yo... no!

JULIA. ¿Pues quién?

BOR. ¿Me permite que se lo diga, Julia?

JULIA. ¡Diga lo que quiera!

BOR. ¡Pues bien, se lo diré! Lo irresistible habría sido, yo, si no mi amor. Sí, mi amor!

JULIA. ¡Pero es una declaración en regla, conde! Y no olvi que soy una mujer casada, enamorada de su marido

BOR. Eso...

JULIA. ¿Y se permite usted dudarlo? Enamorada, sí, como lo oye, enamorada, sinceramente enamorada de mi m rido.

BOR. Pues lo que es él...

JULIA. ¿Eh? (*Como quien recibe un golpe brutal.*) ¿Qué eso? ¿Quién le ha dicho a usted que él no me quier

BOR. ¡Usted misma!

JULIA. ¡Ahora me va a salir con que he sido yo quien le ha tado provocando a que me haga el amor!... ¡Mire u ted, conde, esta va a ser la última vez que venga a casa! (*Recoge las piezas del ajedrez y se levanta.*)

Bor. ¡Por Dios, Julia!

Julia. ¡La última vez, he dicho!

Bor. ¡Por Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemplarla, a enjugarme, viéndola, las lágrimas que lloro hacia dentro!

Julia. ¡Qué bonito!

Bor. Y lo que la dije que tanto pareció ofenderle...

Julia. ¿Pareció? ¡Me ofendió!

Bor. Lo que la dije, y que tanto la ofendió, fué tan sólo que si nos hubiésemos conocido antes de haberme entregado a mi mujer y usted a su marido, yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero...

Julia. ¡Conde!

Bor. Yo no soy de esos hombres incapaces de querer, pero que exigen que se les quiera y creen tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer que se les rinda. Hay quienes toman una mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado, como podrían llevar una leona domesticada, y decir: Mi leona; ¿véis cómo me está rendida? ¿Y por eso querrían a su leona?

Julia. ¡Conde, conde... que está usted entrando en un terreno!...

Bor. (*Junto al oído de Julia.*) Donde estoy entrando es en su conciencia. (*Ella separa la cabeza y él se acerca más.*) ¡Sí, Julia, sí; en su conciencia!

Julia. ¡Déjeme, conde, déjeme! ¡Si entrara él ahora!

Bor. No, él no entrará. A él no le importa nada de usted. El nos deja así, solos, porque no la quiere...¡No la quiere, Julia, no la quiere!

Julia. Es que tiene absoluta confianza en mí.

Bor. ¡En usted, no! En sí mismo. Cree que a él, por ser él, él, Alejandro Gómez, el que ha fragüado una fortuna... no quiero saber cómo... a él, no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia; lo sé.

Julia. Sí; le desprecia a usted.

Bor. ¡Lo sabía! Pero tanto como a mí la desprecia a usted.

Julia. ¡Por Dios, conde, por Dios; cállese, que me está matando!

Bor. Quien la matará será él, él, su marido. ¡Y no será usted la primera!

Julia. ¡Eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su mujer! ¡Y váyase, váyase! (*Con mucha energía esta vez.*) ¡Váyase y no vuelva!

Bor. Me voy, pero volveré. Usted me llamará. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA VII

JULIA y ALEJANDRO, que entra por la izquierda; luego un CRIADO

ALEJ. (*Queda un momento inmóvil ante Julia.*) ¿Qué pasa?... ¡Parece que te ha afectado mucho mi llegada!... (*Trae la corbata deshecha y el cuello de la camisa desabrochado.*)

JULIA. (*Titubeando al principio y serenándose conforme va encontrando pretexto para justificarse.*) No... nada... Es la forma en que vienes y lo pronto que has vuelto.

ALEJ. ¿La forma en que vengo?

JULIA. Sí. ¿No lo sabes? Mira, mira la corbata...

ALEJ. ¡Ah, nada! ¡Qué sé yo! El descuido mío de siempre

JULIA. Además, como no tienes costumbre de entrar por aquí...

ALEJ. Hoy me dió por subir por la escalera de servicio... ¿Y has ido esa la causa de tanta sorpresa?

JULIA. Todo reunido. ¡Has vuelto tan pronto; te presentas así!... (*Pausa.*) ¿Te aburrías en el Círculo con don Alberto?

ALEJ. No; hoy ha sido a cosa bastante entretenida... ¿Y tú? ¿Qué, se marchó ya el conde ese?

JULIA. Ahora mismo se ha marchado.

ALEJ. ¿Lo pasaste bien?

JULIA. Mejor que sola...

ALEJ. Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve ese pobre mentecato.

CRIAD. (*Por el foro.*) Un caballero desea hablar reservadamente con el señor. (*Le entrega una tarjeta.*)

ALEJ. Pásale al despacho.

JULIA. No, no; recíbele aquí. Me marcharé yo.

ALE. Pues dile que pase. (*Mutis el Criado por el foro.*) Bueno. (*A Julia.*) Anda; te llamaré cuando se vaya. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA VIII

ALEJANDRO y un CABALLERO

ALEJ. Tome usted asiento, señor. (*Se sientan.*) Y usted dirá

CABA. Perdone, si vengo a...

ALEJ. Nada, nada, al grano; diga usted.

CABA. Deseaba hablar a usted sobre lo que acaba de ocurrir en el Casino.

ALEJ. Ya sé qué me va usted a decir, pero déjelo; eso no son más que habladurías de las gentes. ¿A mí, a mí con

bromitas de ésas? Como si no entendiese, como si yo no supiera las necedades que corren por ahí entre los majaderos a propósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y estoy dispuesto a cortar de raíz esas habilillas.

CABA. Pero no así, don Alejandro, no así.

ALEJ. Ya, ya; lo que les parecería mejor a todos, para terminar con eso, es que prohibiese la entrada del conde en mi casa.

CABA. No, no; yo no puedo meterme en...

ALEJ. No, señor, no. Eso sería dar la razón a los maldicientes, y yo no soy un tirano, además. Si a mi mujer le divierte ese fantoche, ¿voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más! ¿Pero, pegármela a mí! ¿A mí?... ¡Ustedes no me conocen!

CABA. No, no, desde luego, desde luego. Ahora, que las apariencias, don Alejandro, hay que...

ALEJ. Yo no vivo de apariencias, sino de realidades.

CABA. Sí, sí, lo comprendo, lo comprendo. Yo me he atrevido a visitarle con la mejor intención del mundo. Conozco a usted de verle en el Casino, y soy amigo de...

ALEJ. ¿Del mentecato ése que se atrevió a propasarse?

CABA. De ese a quien acaba usted de romper una silla en la cabeza. Nadie puede prever las consecuencias de todo esto, y yo creo que lo mejor sería arreglarlo amistosamente en seguida, porque de lo contrario el ofendido nombrará sus representantes y...

ALEJ. Conformes; no siga usted adelante. Dígale que me pase la cuenta del médico o cirujano que le cure, y que la pagaré. Así como los daños y perjuicios a que haya lugar.

CABA. No, don Alejandro, no es eso.

ALEJ. ¿Pues qué, entonces?

CABA. El seguramente exigirá una reparación... una satisfacción, una explicación honrosa... Y si usted se negara... ¿Entiende?

ALEJ. No, señor, no le entiendo... o no quiero entenderle.

CABA. Y si usted se negara..., pues un duelo.

ALEJ. ¡Muy bien! Pues si se empeñara en eso, dígale que cuando quiera. Pero para eso no hace falta que nombre padrinos ni se moleste a nadie. Dígale, si llega el caso, que en cuanto se cure de la cabeza, quiero decir, de la herida..., que me avise, que iremos donde él quiera, nos encerramos y la emprendemos uno con otro a trompada y patada limpias. No admito otras condiciones. ¡Y ya verá quién es Alejandro Gómez!

CABA. Don Alejandro... Yo vine aquí a servir de amable componedor; pero no a servir de burla.

ALEJ. ¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada y no quiero entender de esas andróminas del Código del honor... Conque, ya lo sabe usted.

CABA. Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que le diga...

ALEJ. Diga usted lo que quiera, pero midiendo las palabras, ¿eh?

CABA. (*Levantándose.*) Permítame usted que le advierta que todo el mundo dirá que no es... (*Pausa.*)

ALEJ. Diga, diga.

CABA. ¡Que usted no es un caballero!

ALEJ. ¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no! ¿Caballero yo? ¿De dónde? ¿Cuándo? Yo me crié burrero, hombre, y no caballero. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie, a pie y andando. ¡Claro que no soy caballero! ¿Caballerías a mí? ¿A mí? ¡Vamos, hombre!

CABA. Bien, bien. Lamento mucho haber intervenido en este asunto, al que me guiaba el mejor propósito. Usted sufrirá las consecuencias de su incalificable conducta.

ALEJ. Entendido, y a ellas me atengo. (*Llama al criado con un timbre.*) Y en cuanto a ese... a ese caballero de lengua desenfrenada a quien descalabré la cabeza, dígale, se lo repito, que me pase la cuenta del médico y tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y usted, si alguna vez—que todo pudiera ocurrir—necesitara algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, puede acudir a mí, que le serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros. (*Aparece el criado por el foro.*)

CABA. ¡Don Alejandro!

ALEJ. (*Al criado.*) Acompaña a este caballero. (*Vase el caballero por el foro.*)

ESCENA ULTIMA

ALEJANDRO y JULIA

ALEJ. (*Llamando a la puerta de la derecha.*) Julia... Puedes venir ya.

JULIA. ¿Me vas a decir la verdad?

ALEJ. ¿Te he mentido yo alguna vez?

JULIA. Pues dime: ¿qué te ha pasado en el Círculo?

ALEJ. Nada; que a un imbécil se le ocurrió gastarme una broma de doble sentido y de mal gusto, y le dí un silletazo en la cabeza.

JULIA. ¿A propósito de qué fué la broma?

ALEJ. A propósito de tu amistad con el conde ése. ¿Por qué te he de privar que te diviertas con él, como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un tití, y le acaricies y hasta le besuquees, ¿voy a coger al perrito, o al michino, o al tití, y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues estaría bueno! Mayormente, que podía caerle encima a uno que pasase. Diviértete con él cuanto te plazca.

JULIA. Pues mira, si piensan así, puede que tengan razón; debes negarle la entrada a ese hombre.

ALEJ. ¿Hombre?

JULIA. Bueno. Debes negarle la entrada al conde de Bordaviella.

ALEJ. ¡Niégasela tú! Cuando no se la niegas, es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón, porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

JULIA. ¡Con qué frialdad, con qué serenidad lo dices!

ALEJ. Con las que el asunto merece.

JULIA. ¡Con las que el asunto merece!... Oye, Alejandro, ¿y si empezara a interesarme?

ALEJ. ¡Bueno, bueno!... ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos! ¿A mí?

JULIA. ¿Y si estuviera ya interesada?

ALEJ. ¡Ja, ja, ja, ja!

JULIA. (*Exaltada.*) ¡No te rías así, Alejandro! ¡No te rías así, que me desesperas! ¡Es que tú crees que eso sería para tomarlo a risa?

ALEJ. A ti la vida de la corte y las novelas que lees te están trastornando. Habrá que llevarte al campo una temporadita para que se te cure esa neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor.

JULIA. ¿Mi neurastenia?

ALEJ. ¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo la tienen los libros.

JULIA. ¿Qué quieres decir? ¿Que no vuelva a leer más?

ALEJ. No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

JULIA. No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

ALEJ. ¡Naturalmente, como que eso no se puede exigir! Y además, como sé que me quieres y que no podrías querer a otro, aunque te lo propusieras, después de haberme conocido a mí... Te lo aseguro yo; no podrías... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelerías. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el te. Nada, nada; al campo decididamente. Una temporada de campo te vendrá muy bien. Eso templa los nervios. Por supuesto, si crees que has de aburrirte allí sin tu michino, puedes invitar al condezuelo ése a que nos acompañe, porque yo no tengo celos, ya lo sabes. (*Se sienta, disponiéndose a leer.*) ¿Está ahí «El Financiero»? (*Julia coge el periódico y se lo tira con desabrimiento, y mientras él lo levanta del suelo, dice*:) ¡Al campo, al campo!

JULIA. ¿Tan incapaz de interesar... a nadie le crees?

ALEJ. ¡Dale! ¿Pero cuándo te convencerás, mujer, de que yo no soy como los demás?... ¡A nadie! El mentecato ése no puede interesar a nadie, porque es eso: un mentecato, un gozquezuelo, un michino, un tití.

JULIA. ¿Y tú; qué eres tú?

ALEJ. ¿Yo? ¿Que quién soy yo?... ¿Pero no lo sabes ya? ¿Pero no te lo he dicho muchas veces? ¿Pero aún no te has enterado, mujer? (*La mira fijamente.*) Pues un hombre... No lo dudes; ¡todo un hombre! (*Y se pone a leer el periódico.*)

TELON

JORNADA TERCERA

La misma decoración que en la anterior jornada.

ESCENA PRIMERA

Aparecen por el foro, en traje de calle, JULIA, la MARQUESA, MARGOT y BORDAVIELLA.

JULIA. Voy a decirle a Alejandro que estamos de vuelta y que no hubo medio de adquirir localidad.

MARQ. Pero que les reservamos dos sillas en nuestro palco.

JULIA. Qué sé yo si querrá él.

BOR. Por lo menos, que de usted no prescindimos, y que a por usted vendremos esta noche.

MARG. ¡Eso ya se lo diremos nosotras!

JULIA. En seguida estamos aquí. (*Mutis por la derecha.*)

MARG. (*A Bordaviella.*) ¡Qué poco diplomático es usted, hombre, parece mentira!

BOR. Le agradecería ese capotazo si en él no pusiera usted tan mala intención!

MARG. ¡Ja, ja, ja!, ¿Qué te parece, Anita?

MARQ. Pero Bordaviella, ¿es que cree que todo el mundo está ciego?

BOR. (*Sonriendo.*) ¿También usted, marquesa? ¡Por Dios, que no son más que suposiciones de ustedes!

MARG. ¡Ande usted de ahí, hipócrita!

MARQ. Pues así que esta tarde han estado ustedes...

MARG. Como para dejar lugar a dudas.

BOR. (*Siempre sonriendo.*) Les aseguro formalmente que entre Julia y yo no hay más que una amistad desinteresada y respetuosa.

MARG. Pues lo disimulan muy bien.

BOR. ¿Es que la predilección en una amistad ha de ser, forzosamente, motivo justificado para la malicia de ustedes?

MARQ. ¿De nosotras nada más? ¡Hombre, si todos lo han notado! ¡Si todos están en el secreto!

BOR. ¿Pero, qué secreto, marquesa? ¿Qué pueden haber notado, Margot?

MARG. Pues nada, que se han soltado ustedes el pelo y que ya no saben recatarse ni delante del marido siquiera.

BOR. Eso, más que una broma, voy a creer que es una mala partida que ustedes pretenden jugarme poniendo en circulación esa especie.

MARG. Las malas partidas (*Riendo.*) son las que usted juega en esta casa.

BOR. ¡Está usted tremenda, Margot! (*Notando que alguien llega.*) ¡Silencio, por favor!

MARG. Soy un sepulcro.

ESCENA II

LOS MISMOS, JULIA y ALEJANDRO

ALEJ. (*Saludando.*) Señora marquesa... Margot... Señor conde...

MARG. Ya le habrá dicho Julia lo que hay.

ALEJ. No, Julia me ha dicho lo que no hay: que se han acabado las localidades.

BOR. Todo el teatro vendido.

MARQ. Y que nosotros reservamos dos sillas para ustedes en nuestro palco.

ALEJ. ¡Para qué se van ustedes a molestar, no faltaba más!

MARG. Ninguna molestia... Ustedes vienen al palco nuestro, y nada más.
ALEJ. Perdonen ustedes...
MARG. ¿Va usted a privar a su mujer de la función más atractiva de la temporada?
BOR. Es un programa delicioso.
ALEJ. Pero no para mí... Ustedes ya saben que yo no entiendo esas óperas en italiano.
MARG. Ni nosotras tampoco; pero lo de menos es la ópera. Lo principal es el pretexto que ofrece para reunirnos, para exhibirnos, para charlar...
ALEJ. Sí, sí; lo comprendo, lo comprendo.
BOR. Todo el mundo irá allí esta noche.
ALEJ. Todo el mundo de ustedes, pero no del mío.
MARQ. ¿Y será usted capaz de privar a Julia de esa...!
ALEJ. (*Interrumpiendo.*) ¡Oh, no! ¡De ninguna manera! ¡Ella puede ir, si eso le divierte; no faltaba más!
JULIA. No; si te contraría, ¿para qué?
ALEJ. ¡Pero qué cosas dices! Van a creer estos señores que soy un tirano. ¿Cuándo te he privado de una cosa de tu gusto? A ver, dí.
JULIA. Nunca. No, no es eso... En fin, yo les avisaré a ustedes más tarde.
MARQ. Nada, nada.
MARG. Que venimos.
BOR. Que nos la llevamos.
ALEJ. Sí, sí: lo que ella quiera, lo que ella quiera. No faltaba otra cosa.
MARQ. Pues cumplida nuestra misión, nos retiramos.
JULIA. ¿Sin descansar un poco?
MARG. Alguno de nosotros, quizá.
BOR. Yo, si ustedes se marchan, las acompaño..., a menos que me necesiten en esta casa.
JULIA. En esta casa, los buenos amigos siempre son necesarios, ¿verdad, Alejandro?; pero, vamos, no es cosa de hipotecarles la libertad.
ALEJ. Muy bien. Hipotecas sobre la libertad, de ninguna manera.
MARG. Son poco sólidas, ¿verdad?
ALEJ. Veo que tiene usted excelentes condiciones financieras.
MARG. No lo sabe usted bien. Mi modista es la que podía informar sobre este asunto. En fin, señores, yo veo que esto, en lugar de acabar, empieza, y yo tengo que preparar algunas cosas para esta noche. Si alguno de ustedes viene...
MARQ. Sí, vamos; vamos nosotras.
BOR. Y yo, que las acompaño.

MARQ. Pues ya lo saben; que contamos con ustedes, o por lo menos con usted, Julia.

JULIA. Ya le avisaré, ya le avisaré.

BOR. ¿Nos va usted a desairar?

JULIA. No, no sería desaire, de todos modos; eso no. (*Se despiden y salen por el foro la Marquesa, Margot y Bordaviella.*)

ESCENA III

JULIA y ALEJANDRO

JULIA. ¿De modo que te obstinas en no ir esta noche?

ALEJ. Ya sabes que no me divierten esas cachupinadas. ¿Se dice así: cachupinadas?

JULIA. ¿Y llamas cachupinadas a una función como ésa? ¡Qué cosas dices, hombre! ¡Si va todo el mundo!

ALEJ. Todos menos yo, que no voy.

JULIA. ¿Es esa tu última palabra?

ALEJ. ¿Y qué quieres decir con eso?

JULIA. Que te has propuesto aguarme la fiesta.

ALEJ. ¿Yo?

JULIA. Sí, tú. Porque esa es una manera indirecta de hacer que no vaya.

ALEJ. ¡Qué afición tienes, mujer, a complicar las cosas! ¡Si soy yo el primero que quiere que vayas! Ya has oído... No empiecen a decir que yo te tiranizo.

JULIA. ¡Ah! ¿Pero te preocupas ahora de lo que puedan decir los demás?

ALEJ. Ahora y siempre; lo que puedan decir de ti, no, no me preocupa, no me ha preocupado nunca. Lo que puedan decir de mí, según lo que sea, así me ha preocupado o no. Con que no hablemos más de esto. Tú al teatro, puesto que eso te agrada.

JULIA. ¿Y tú?

ALEJ. Yo, en casita, tan ricamente.

JULIA. ¿En casa? ¿Piensas quedarte en casa?

ALEJ. Sí, mujer, sí; en casa, en casa. ¿Hay algo con esto también?

JULIA. No... Nada... Que te has vuelto muy casero desde que estuvimos en el campo.

ALEJ. Claro, allí me acostumbré a no salir de noche...

JULIA. Y a alguna otra cosa más.

ALEJ. Puede.

JULIA. ¿Pero es que tienes algo que hacer en casa?

ALEJ. Siempre hay cosas que hacer, si uno quiere.

JULIA. ¿También como aquéllas?

ALEJ. ¿Como cuáles?

JULIA. Como las que hacías allí, en la casa de campo, hombre, ¿o crees que no llegué a darme cuenta de aquello?

ALEJ. ¡Ah!... Me lo suponía, porque yo no lo oculté mucho.

JULIA. (*Muy contrariada desde este momento hasta el final de la escena.*) ¿Qué quieres decir?

ALEJ. Que eres demasiado hermosa para a diario.

JULIA. (*Iracunda.*) ¿Eso es una adulación o un insulto...? Sí, sí... ¿Una adulación o un insulto? ¡Dilo, dilo claramente! Por supuesto, vosotros, los hombres, podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

ALEJ. ¿Quién te ha faltado?

JULIA. ¡Tú! ¡Sí, sí, tú!

ALEJ. ¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí se me da un pitoche de la Simona, ni...

JULIA. ¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

ALEJ. ¡Una mona; exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

JULIA. Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

ALEJ. Veo, Julia, que vas tomando talento.

JULIA. Todo se pega.

ALEJ. ¡Pero de mí, por supuesto, y no del michino ése!

JULIA. ¡Claro que de ti!

ALEJ. Bueno, no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona?... Y en cuanto a ella, la doto y encantada.

JULIA. ¡Claro, en teniendo dinero!

ALEJ. Y con esa dote se casa volando. Y si con ella le aporta ya al marido un hijo, saldrá todo un hombre, si se parece a su padre.

JULIA. (*Llorando.*) ¡Jesús! ¡Calla, calla! (*Enfurecida.*) ¡Tú qué vas a ser un hombre! ¡No, no eres un hombre! ¡No eres un hombre!

ALEJ. Yo creí que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar! ¿Que no soy un hombre?

JULIA. ¡No y no! ¡No eres un hombre!

AEJ. ¿Y por qué? Vamos a ver: ¿por qué no soy un hombre? Explícate.

JULIA. Yo sé que no me quieres, lo veo bien claro; que no te importa nada de mí; que para ti no soy ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo más que por vanidad, por jactancia.

ALEJ. ¡Bueno, bueno; esas son novelerías! ¿Por qué no soy un hombre?

JULIA. Ya sé que no me quieres.

ALEJ. ¡Dale! Ya te he dicho cien veces que eso de querer y no querer son bobadas.

JULIA. Yo sé que no me quieres...

ALEJ. ¡Bueno! ¿Y qué más? ¿Por qué no soy un hombre? A ver, contesta a lo que te estoy preguntando: ¿por qué no soy un hombre?

JULIA. Por todo eso que te he dicho...

ALEJ. Y por lo que te callas, ¿verdad?

JULIA. Lo has adivinado.

ALEJ. Pues habla.

JULIA. Adivínalo tú también.

ALEJ. Eso de las adivinanzas son cosas de juego, y ahora te pregunto muy seriamente: ¿Por qué no soy un hombre?

JULIA. ¡Ah! ¿pero crees tú seriamente que un hombre, que se jacta de serlo, consentiría que el conde, el michino ése, como tú le llamas, entrase aquí a todas horas?

ALEJ. Quien lo consiente eres tú.

JULIA. En mí está justificado. ¡Claro que lo consiento! ¿O qué crees, que sólo tú puedes ofender? ¿Que sólo tú, por ser tú, puedes faltar? Pues estás muy equivocado. Ojo por ojo, diente por diente. ¡Claro que lo consiento!

ALEJ. ¡Ya, ya! ¡Ya lo veo!

JULIA. ¡Claro que lo consiento! (*Pausa.*) Cuando no preguntas el porqué es señal de que te lo supones.

ALEJ. Sí; porque quieres.

JULIA. (*Desesperada al ver que no ha conseguido excitar a su marido.*) ¡Porque es mi amante! Ya lo has oído, mi amante. El michino ése es mi amante. ¡Mi amante, ya lo sabes! (*Un breve espacio quedan los dos frente a frente, ella desafiadora y él inmóvil, frío y sereno.*) ¿Y qué? ¿No me matas? ¿No me matas ahora, como a la otra?

ALEJ. (*Sin perder su serenidad ni entibiar el hielo de su mirada.*) Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino ése es tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y, si sigues así, va a acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

JULIA. ¿Loca? ¿Loca yo?

ALEJ. ¡De remate! ¡Llegar a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Como si mi mujer pudiese faltarme a mí! ¡A mí!... Alejandro Gómez no es ningún estúpido. Y no, no conseguirás lo que buscas; no conseguirás que yo te regale los oídos con pa-

labras de novelas. ¡Mi casa no es un teatro! Ya lo sa bes. ¡Yo no soy un estúpido!

JULIA. ¡No! ¡Tú eres un cobarde! ¡Eso es lo que eres tú: u cobarde! ¡Ja, ja, ja! ¡Un hombre!... ¡Ja, ja, ja!.. ¡Un cobarde, eso; un cobarde!

ALEJ. (*Yéndose hacia el foro.*) Aquí va a haber que toma medidas.

ESCENA IV

JULIA, ALEJANDRO, un CRIADO y DON ALBERTO

CRIAD. (*Desde la puerta del foro.*) Don Alberto Robles. (*Do Alberto entra por el foro.*)

ALEJ. Llega usted con una gran oportunidad. (*Al criado.*) Dil al chófer que voy a salir en seguida. (*Mutis el cria do.*) Como ha oído usted, voy a salir; pero vuelvo a momento. Le agradeceré que, entretanto, acompañe Julia, que no está buena.

D. ALB. ¿Algo de cuidado?

ALEJ. Eso ya lo veremos luego. Espéreme; es un favor; vuel vo en seguida. (*Sale por el foro ante la sorpresa d don Alberto.*)

D. ALB. Me parece haber notado algo extraño en Alejandro.

JULIA. Porque no le trata usted como yo. Lo extraño es u hábito en él.

D. ALB. Bien. Entonces, esto me huele a nublado conyugal. Po supuesto, ¿que eso de tu salud sería una ironía? (*Ju lia no responde.*) Muy preocupada te encuentro, Julia ¿Supones adónde ha ido Alejandro?

JULIA. Puede que a dar los pasos para el divorcio.

D. ALB. ¡Arrea! Bueno, bueno, déjate de bromas. ¿Se puede sa ber qué ha pasado aquí?

JULIA. Tal vez algo muy gordo.

D. ALB. Ya me figuro que no será tanto.

JULIA. ¡Claro, como usted no puede ponerse en mi lugar, l es fácil tratar este asunto con indiferencia!

D. ALB. Con imparcialidad, que es distinto.

JULIA. Y juzgando imparcialmente, ¿cree usted que yo pued tolerar con tranquilidad que él se enrede con la pri mera que encuentre?

D. ALB. ¡Vamos, ya apareció aquello! Conque, celitos, ¿eh?

JULIA. No, señor, no; celos, no. ¡Pero si era la guardesa qu teníamos en el campo! ¿Celos yo de eso? ¡Asco, do Alberto, asco! Si al menos se hubiera tratado de una mujer que valiera más que yo por algún concepto, ten dría una justificación. Pero ofenderme con una *cosa* co mo aquella, es poner de manifiesto la estimación e

que me tiene. Ya ve usted cómo al fin, y de qué manera, se han resuelto las dudas que me atormentaban. Además, ¿cree usted que él lo ha negado?

D. ALB. No me parece Alejandro a propósito para negar la verdad.

JULIA. ¿Que se ha disculpado siquiera? Con un cinismo plebeyo y mortificante, todavía se complacía en vanagloriarse de su hazaña. ¿Cree usted que hay mujer que resista impasible una afrenta como esa? ¿Cree usted que eso no clama venganza?

D. ALB. ¿Y cuál ha sido la tuya?

JULIA. La que él se merece.

D. ALB. Eso dependerá del juez que lo juzgue.

JULIA. ¡Claro, ya le veo a usted poniéndose de su parte! Ustedes, los hombres, ¡qué bien se defienden unos a otros, y se protegen, y se justifican! Para la conducta de ustedes siempre hay una excusa; pero, cuando se trata de nosotras, la más leve sospecha...

D. ALB. Pues mira, Julia, ahora que viene a cuento; en eso sí que te falta razón. Si te quejaras de la tolerancia de tu marido, serías injusta.

JULIA. A ver, a ver, que me interesa; ¿por qué dice usted eso?

D. ALB. No, no te alarmes. No es una acusación la que voy a lanzar sobre ti; pero por el afecto sincero que te profeso, te aseguro que otro hombre que no fuera Alejandro puede que te hubiese llamado la atención sobre la conducta que observa el conde de Bordaviella en esta casa.

JULIA. ¿Lo ve usted? Me alegro que opine usted así. Ahí quería yo ir a parar. ¿Y eso? ¿Qué me dice usted de eso? Otro hombre que no fuera Alejandro. ¡Claro, otro hombre que le importase algo de su mujer! ¡Claro, claro, usted me está dando ahora mismo la razón! ¡Usted...! (*La interrumpe la llegada de Alejandro y sus acompañantes.*)

ESCENA V

JULIA, DON ALBERTO, y por foro ALEJANDRO, el DOCTOR SUAREZ y BORDAVIELLA

ALEJ. (*A don Alberto.*) No dirá usted que he tardado. (*Don Alberto y el doctor Suárez se saludan afectuosamente.*) ¿Se conocían ustedes? Entonces me ahorro esta presentación. (*En este momento los personajes están colocados de la manera siguiente: Julia, sentada en primer tér-*

mino, de la derecha, sin poner atención a los que ll-gan; don Alberto, a su lado; luego, en dirección haci- el foro, el doctor Suárez, y detrás de él, casi oculto Bordaviella, cabizbajo y azorado. Alejandro se mueve p- la izquierda.) Mira, Julia, este señor es el doctor Suá-rez, que tiene una magnífica casa de salud a dos paso de Madrid, y que viene, a petición mía, a informar so-bre tu estado para que podamos ponerte en cura. (*Do- Alberto hace un gesto de sorpresa.*) Tú no estás bien y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

D. ALB. Pero, Alejandro... (*Alejandro le hace enmudecer con un- mirada terrible.*)

ALEJ. Ha dado en la manía de decir que este señor es s- amante.

JULIA. ¡Sí, es mi amante! (*Don Alberto detiene a Julia, qu- está excitadísima.*)

D. ALB. Pero, ¿qué dices, Julia? ¿Qué es eso?

ALEJ. ¿Lo ven ustedes?

JULIA. ¡Sí, mi amante! Y si no que lo diga él. (*Este diá-logo, violento y precipitado.*)

ALEJ. Ya ve usted, señor conde, cómo persiste en su manía Porque usted no ha tenido, no ha podido tener ningú- género de esas relaciones con mi mujer...

BOR. (*Casi temblando.*) ¡Claro que no!

ALEJ. ¿Lo están ustedes viendo?

JULIA. (*Excitadísima.*) Pero, ¿cómo se atreve a negar?...

BOR. Repórtese, señora, y vuelva en sí...

JULIA. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, - por miedo, nada [illegible] que por miedo, no te atreves - decir la verdad

D. ALB. ¡Julia, por Dios. (*Se la lleva con grandes esfuerzos.*

JULIA. ¡Sí, sí, es un cobarde! (*Mutis Julia.*)

ALEJ. ¿Lo ven ustedes, señores? Loca; la pobre está loca (*A don Alberto.*) Ahora haga usted el favor de acom-pañarla, con el doctor, a su gabinete, y allí completar su reconocimiento: el doctor Suárez, como facultativo por mi parte, y usted, por la de ella, para que se vea que no hay parcialidad. Y no tengo más que decirles (*A Bordaviella.*) Con que ya lo sabe usted, señor con-de: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella la tapa de los sesos.

BOR. (*Marchando hacia el foro acompañado de Alejandro.*) Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo para no tener más cuentas con usted.

ALEJ. No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Con que quedamos en que mi mujer está loca de remate y us-ted es un tonto de capirote. ¡Y ojo conmigo! (*Se mete*

una mano en el bolsillo del pantalón y deja ver la culata de una pistola, mientras acompaña a salir a Bordaviella, y hace mutis con él.)

ESCENA VI

ON ALBERTO y el DOCTOR SUAREZ; luego, ALEJANDRO, por el foro.

. ALB. Supongo que usted habrá comprendido todo lo que pasa.

UAR. Perfectamente, sí, señor, perfectamente. ¿Y qué hacemos, señor Robles?

. ALB. ¿Qué vamos a hacer sino lo que él quiere? Porque, de otro modo, ya le ha oído usted, y ese hombre hace lo que dice, no le quepa duda.

UAR. Pero, ¿y la conciencia profesional?

. ALB. La conciencia consiste aquí en evitar un crimen mayor. Además, ella está enferma de excitación, y necesita reposo, tranquilidad, y... salir de aquí por ahora...

LEJ. (*Aparece por el foro y se dirige a don Alberto.*) Usted es un verdadero amigo, don Alberto; un verdadero amigo, ya lo veo. Ahora voy a ir con el doctor para ver la instalación y preparar lo necesario. Le estimaré mucho que hoy se quede a cenar en esta su casa y así estará al cuidado de mi pobre mujer hasta que yo regrese. Ya he dado orden de que no se reciba a nadie. ¿Puede usted complacerme?

. ALB. En todo lo que de mí dependa.

LEJ. No olvidaré nunca el favor que hoy me hace. Usted es un buen amigo, don Alberto. (*Al doctor Suárez.*) Cuando guste.

UAR. Vamos. (*A don Alberto, dándole la mano.*) Espero no tardar en verle.

. ALB. No, señor, no.

UAR. (*A Alejandro.*) A sus órdenes. (*Se dirigen hacia el foro el doctor Suárez y Alejandro, y, cuando ya van a desaparecer, vuelve Alejandro, y dándole las dos manos muy efusivamente a don Alberto, le repite:*)

LEJ. ¡Un buen amigo, sí, señor! (*Mutis por el foro Alejandro y el doctor Suárez.*)

ESCENA ULTIMA

ON ALBERTO y JULIA, que sale por la derecha, descompuesta y nerviosa.

. ALB. ¡Julia! ¡Julia!

ULIA. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Quiero ver a mi hijo! (*Hace so-*

nar una vez el timbre de una pared, y luego dos vec *el de otra, y asoman por el foro el criado y por la i* *quierda una doncella.*) A la doncella: el niño, ¡que m traigan el niño! (*Mutis el criado.*) A la miss: el niñ ¡que me traigan el niño en seguida! (*Mutis la doncella*

D. Alb. Calma, Julia, calma. Serenidad, que si no vas a vo verte de verdad loca.

Julia. ¿Pero no lo estaré ya? ¡Cobarde, sí, cobarde! ¡Aba donarme así! ¡Dejar que mi marido tomase esta res lución! ¿Y él, Alejandro, por qué no nos mató?

D. Alb. ¡Esta es más terrible venganza!... Ya lo viste, ten blaba ante tu marido.

Julia. ¡Ah, es que mi marido es un hombre!... ¿Y si es u hombre, por qué no nos mató, digo yo?... ¿Por qu no me mató? No lo comprendo. ¡Otelo me habría matado

D. Alb. Pero Alejandro no es Otelo. Otelo era un moro imp tuoso, pero poco inteligente, y Alejandro...

Julia. Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio d su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no ha n cesitado matar a su primera mujer, la hizo morir. S murió ella de miedo ante él..., ¿Pero, y el niño? ¿ mi hijo? ¡Si pudiera sacarle toda la sangre de su p dre!... ¡Porque es su padre!... ¡Y el niño le quier don Alberto! ¡Le quiere a él, a Alejandro!

D. Alb. ¡Y tú, Julia, y tú también le quieres!

Julia. ¡Y yo! ¡Sí, y yo! Le quiero locamente, como uste no puede figurarse, como él no puede comprender. Y que él no me ha comprado, no; me ha conquistad Ahora lo veo claramente: me ha conquistado... ¿Per y él? ¿Me quiere a mí o no me quiere, Dios mío?

D. Alb. ¡Siempre el mismo tema! ¡Siempre la misma duda!

TELON

JORNADA CUARTA

La misma decoración que en la jornada anterior.

ESCENA PRIMERA

ALEJANDRO en la puerta del foro entregándole al criado una cart DON ALBERTO y el DOCTOR SUAREZ le aguardan sentados.

Alej. (*Al criado.*) Que lleven esta carta en seguida. (*Mut* *el criado.*) ¿De modo que mi mujer ha venido ya?

D. Alb. Sí, señor, ya está aquí. ¡Con qué anhelo, con qué in paciencia esperaba! Entonces comprendí la razón q

usted tuvo al decirme que era mejor que fuera yo sólo. Estaba demasiado excitada para recibir la impresión de la presencia de usted en aquella casa.

LEJ. Bueno, ¿pero, ha venido bien? ¿Completamente bien?

JAR. Le diré a usted...

LEJ. ¿Qué

ALB. No, no se alarme. De las alucinaciones, a que usted se refiere, está completamente, absolutamente curada. (*Al doctor Suárez, que hace un signo afirmativo.*) ¿No es así?

JAR. Así es; ahora que, debido al quebranto natural de un organismo débil que ha sufrido lo que el de ella, se han notado ciertos sintomillas nerviosos, a que las mujeres son especialmente propensas, pero que es de esperar se corrijan de ahora en adelante con la tranquilidad moral, el reposo físico, etc.

ALB. De eso me encargo yo. Ya todo se ha desarrollado normalmente; y ahí dentro está con su hijito, supongo que con la natural impaciencia por verle a usted, Alejandro.

JAR. Figúrense. (*A Alejandro.*) Así, pues, si usted no necesita otra cosa de mí, una vez cumplida satisfactoriamente mi misión, acepte mi enhorabuena y permítame que me retire.

ALB. Y yo también me marcho. Julia estará ya inquieta y estas son escenas para la intimidad.

LEJ. No, esperen; se lo ruego a ustedes. Precisamente tengo decidido empeño en que nos acompañe alguien en esta primera entrevista. (*Llama al timbre, aparece un criado y le dice:*) A la señora, que la esperamos, que puede venir cuando quiera. (*Mutis del criado.*) Ustedes saben bien cómo son las mujeres, y yo sé mejor cómo es la mía. Estando ustedes delante, ella reprimirá sus nervios y se impresionará menos. Ya que acaban de decirme que eso la conviene, empecemos a poner en práctica sus consejos.

JAR. No hay inconveniente, con mucho gusto.

ALB. Puede que sea mejor, sí, señor, puede.

LEJ. Luego habrá tiempo para todo.

ESCENA II

OS MISMOS y JULIA. Luego BORDAVIELLA y un CRIADO. Julia, por izquierda, entra precipitadamente y se detiene en seco al ver a don Alberto y al doctor Suárez.

LEJ. (*Situado al extremo de la derecha.*) ¡Julia, ¿qué te pasa?

JULIA. No, nada. Es que creí que estabas solo.
ALEJ. Y tú, ¿cómo estás?
JULIA. Bien; ya estoy bien.
ALEJ. (*Yendo hacia ella y mirándola fijamente.*) ¿Pero bien d todo?
JULIA. (*Comprendiendo lo que quiere decirle su marido.*) Bi del todo. (*Se abrazan.*)
ALEJ. (*Separándose.*) Bueno, bueno; no te emociones, no v yamos hacia atrás. Lo principal es que estés curad y, siendo así, démoslo todo por bien empleado.
JULIA. ¡Gracias a ti, Alejandro! ¡Gracias a ti!
ALEJ. ¿A mí? ¿Gracias a mí? Al doctor, querrás decir, m jer; al doctor.
D. ALB. Julia quiere decir que gracias a usted, que advirtió tiempo la enfermedad, y, claro, luegó al señor Suáre que ha puesto un verdadero interés en su tratamiento
JULIA. ¡Oh, sí, ya lo creo! Las ganas que tenía, Alejandr las ganas que tenía de verme otra vez aquí.
ALEJ. Pues, ya lo ves, todo llega.
JULIA. ¡Los días que he pasado! ¡Las noches!... Sobre to las noches... ¡Aquéllas noches tan largas..., tan larga
D. ALB. ¡Vaya! ¿A qué recordar ahora esas cosas?
ALEJ. Hazte cuenta que lo has soñado.
CRIAD. (*Anuncia desde el foro y espera.*) El señor conde Bordaviella. (*Don Alberto, el doctor Suárez, y especia mente Julia, hacen un gesto de sorpresa.*)
JULIA. ¿El conde de Bordaviella?
ALEJ. Sí, mujer; el conde de Bordaviella. ¿No te acuerda Nuestro buen amigo el conde de Bordaviella, que vie a requerimiento mío. Le he enviado una carta diciénd le lo que era de rigor: que como volvías complet mente curada y recordabas que en la época de tu d lirio le habías ofendido gravemente, aunque sin inte ción ofensiva, suponiéndole capaz de infamias, de l que él, un perfecto caballero, es absolutamente incapa le rogabas por mi conducto que viniese inmediatame te para darle las explicaciones que a un caballero, co él, se le deben... Y creo que le añadía algunas palabr más, recomendándole, por mi parte, la conveniencia que no faltara. (*Dirigiéndose al criado.*) Sí, sí; que pa en seguida. (*Mutis criado.*)
D. ALB. Será ahora también necesaria nuestra presencia, ¿v dad?
ALEJ. (*Sonriendo.*) No, muchas gracias.
D. ALB. (*Despidiéndose.*) Entonces...
ALEJ. ¿Me perdonarán el que no les acompañe hasta la puert
SUAR. No se moleste.

D. ALB. No faltaba más. Hasta mañana, Julia. (*La mira significativamente.*)

JULIA. (*Por lo bajo.*) Vaya usted tranquilo. Lecciones como ésta no se olvidan jamás. (*Entra Bordaviella por el foro, al tiempo que salen don Alberto y el doctor Suárez, y entre los tres se cambia un ceremonioso saludo.*)

ESCENA IIII

JULIA, ALEJANDRO y BORDAVIELLA, grave y azorado.

ALEJ. ¡Señor conde!

JULIA. ¡Conde!

ALEJ. ¡Cuánto celebro que con el restablecimiento total de la salud de mi mujer se restablezcan las buenas amistades de mi casa! Pero, siéntese, señor conde. (*Bordaviella va a sentarse a un extremo y Alejandro le conduce junto a la mesita del te.*) No, aquí. Julia, ponle una silla aquí al señor conde, mujer, no le tengas así...

JULIA. ¡Por Dios, perdone!

ALEJ. Que hoy nos va a honrar tomando te con nosotros. (*Llama al timbre y sale el criado por la izquierda.*)

BOR. (*Asustado.*) ¿Te?

ALEJ. Sí, señor conde. (*Al criado.*) Trae el te. (*El criado desaparece y vuelve con el servicio de te, brioches, etc., que coloca en la mesa.*) El te va muy bien con las satisfacciones entre caballeros. (*Al criado.*) Aquí una taza para mí...; aquí, otra para la señora...; aquí, otra para el señor conde. Así, muy bien. Ahora retírate. (*Mutis el criado por la izquierda.*) Pero acérquese más, señor conde... Vamos, siéntese con comodidad, que está usted entre amigos... Sírvase... (*Bordaviella permanece azorado.*) No crea usted, que aunque esto en mis tiempos no se tomaba más que cuando a uno le dolían las tripas, no por eso dejo de saber apreciar lo bueno. Huela, huela usted... Lo mejor que se importa a España.

BOR. Sí, sí; ya veo...

ALEJ. ¡No, si hay que oler! Levante la tapadera... ¡Sin cumplidos! Sírvenos, Julia. (*Julia echa el te en la taza de Bordaviella, y Alejandro la coge y se la pone para él, colocando la suya vacía. Vuelve Julia a llenarla y Alejandro se la pone a Julia, de modo que sea Bordaviella el último que queda servido. Y así con el azúcar.*) ¿Pero no toma usted un *broche* de éstos?

JULIA. *Brioche,* Alejandro.

ALEJ. ¡Qué más da! Vamos, Julia; sírvele al...

BOR. (*Impidiéndolo.*) Se lo agradezco.

JULIA. ¿Una pasta?

ALEJ. Sí, una pastita.

BOR. Perdonen, se lo ruego...

ALEJ. Bien, bien, como usted quiera. Ya ve usted que h de sobra; en fin, yo no quiero forzar a nadie. (*Paus* Pero noto que está usted muy callado, como si no r hubiésemos tratado nunca, como si no nos conociésem

BOR. Es que yo... he venido...; claro, ya sabe usted, po

ALEJ. Bueno, señor conde; ya sé, ya sé. Pues, como le de en mi carta, y usted está viendo ahora, mi mujer vuelto a casa completamente curada, y como es natur quiere darle unas explicaciones respecto... En fin, al ra la oirá usted. Julia, puedes empezar cuando quier

JULIA. Efectivamente. He hecho que mi marido le llama conde, porque tengo que darle una satisfacción por h berle ofendido gravemente.

BOR. ¿A mí, Julia?

JULIA. Conde; ese tratamiento, dada la intachable correcci de usted...

BOR. Perdone, perdone. No fué mi propósito, se lo asegurc

ALEJ. Ya está bien. Con esa excusa basta. Sigue, Julia.

JULIA. Pues sí; ofendí a usted gravemente. Cuando me pu loca, loca de amor por mi marido, buscando a to costa asegurarme de si él me quería o no, quise tom le a usted de pretexto para excitar sus celos, y en locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido Y esto fué un embuste, y habría sido una infamia mi parte si yo no hubiese estado, como estaba, lo ¿No es así, conde?

BOR. Sí; así es... señora de Gómez.

ALEJ. Señora de Gómez. ¡Muy bien! Sigue, Julia.

JULIA. Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e fame, indigna de un caballero como usted...

ALEJ. Acción villana e infame, indigna de un caballero. ¡M bien, muy bien! Sigue.

JULIA. Y aunque, como le repito, se me puede y debe excu en atención a mi estado de entonces, yo quiero, sin e bargo, que usted me perdone. Sí, señor; quiero que ted me perdone... ¿Me perdona?

BOR. Sí, sí; le perdono a usted todo; les perdono a uste todo.

ALEJ. ¿A ustedes? A mí no me tiene usted nada que per nar.

BOR. Sí, es verdad; es verdad.

ALEJ. Bueno, cálmese, que le veo a usted agitado. Tome o taza de te. Vamos, Julia, sírvele otra taza de te al se conde.

BOR. No, no, señor; gracias..., no, señor.

ALEJ. ¿Quiere tila, mejor?... ¿No? Bueno, de modo que quedamos en que usted perdona a mi mujer de aquella grave ofensa que le infirió involuntariamente, ¿no es eso?

BOR. ¿Cómo no? Sí, sí; perdonada, perdonada, ya lo creo. Y si no desea otra cosa... (*Intentando levantarse.*)

ALEJ. (*Deteniéndole.*) Calma, señor conde. Está usted impaciente, intranquilo. Cualquiera diría que no ve el momento de marcharse...

BOR. ¡No, no! Pero un asunto urgente me reclama, precisamente... (*Mirando el reloj.*)

ALEJ. Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted la ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya completamente curada, no corre usted peligro alguno en venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, voy a buscar unos tabacos con que obsequiarle...

BOR. (*Muy inquieto.*) No, de verdad, no se moleste; por mí no...

ALEJ. Pchs!... Como pretexto para dejarles a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreva a decir delante de mí, o que yo no deba oír por delicadeza. (*Cierra todas las puertas.*) En seguida vuelvo. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA IV

JULIA y BORDAVIELLA

BOR. ¡Qué hombre!

JULIA. ¡Ya lo creo! (*Quedan silenciosos. Bordaviella mira con recelo a todas partes.*) ¡No, no mire usted así; no conoce usted a mi marido! Alejandro no está detrás de ninguna puerta espiando lo que digamos.

BOR. ¡Qué sé yo! Hasta es capaz de traer testigos.

JULIA. ¿Por qué dice usted eso?

BOR. ¿Es que cree usted que no me acuerdo de aquella terrible escena en que delante del doctor Suárez y del señor Robles me humilló cuanto más se puede humillar a un hombre y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

JULIA. Y así era la verdad, porque si no hubiera estado yo entonces loca, no hubiese dicho lo que dije.

BOR. Pero...

JULIA. Loca, ya lo sabe usted; rematadamente loca.

BOR. Bueno... mire usted, señora a quien van ustedes a v ver loco, entre su marido y usted, es a mí...

JULIA. ¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil.

ESCENA V

Los mismos y ALEJANDRO

ALEJ. (*Con una caja de cigarros habanos.*) Señor conde...

BOR. (*Rechazando el cigarro que Alejandro le ofrece.*) Si la toma a desaire...

ALEJ. Le advierto que es cosa buena; la flor de Vuel Abajo.

BOR. Sí, sí... Es que ando ahora mal de la boca y no...

ALEJ. ¡Ah! Eso es otra cosa; no insisto. Lo primero; cuid do con la boca sí, señor; mucho cuidado con ella. Pe ¿por qué se ha levantado? Siéntese usted, señor cond siéntese.

BOR. Es que estaba esperándole para despedirme...

ALEJ. ¿Tan pronto?

BOR. Si usted no necesita más de mí...; ya le dije antes qu tenía...

ALEJ. No tiene usted que darme explicaciones. Usted obre co entera libertad, ¡no faltaba otra cosa!

BOR. (*Despidiéndose.*) Pues con su permiso. Señora... (*Ha una reverencia, pero Julia le alarga la mano.*)

JULIA. Señor conde, ya sabe con cuánto gusto se le recibe e esta casa.

ALEJ. (*Dándole la mano.*) Muy bien, muy bien; con cuánt gusto... (*Sale Bordaviella con Alejandro, que vuelve e seguida.*)

ESCENA ULTIMA

JULIA y ALEJANDRO, ella pensativa sentada junto a la mesa; él entr lentamente. Entre los dos se observa el embarazo de un silencio qu ninguno sabe cómo romper, y ella se escuda en su actitud y él enciend un tabaco de los que acaba de sacar.

ALEJ. Muy bien. Has estado muy bien y has hablado mu cuerdamente.

JULIA. ¡Alejandro! (*Inquieta y nerviosa, se levanta, vá haci él y se detiene sin atreverse.*)

ALEJ. (*Mirándola fijamente.*) ¿Qué?

JULIA. ¡Alejandro!...

ALEJ. ¿Pero qué? Parece que estás cohibida, cortada... Está en tu casa: estás con tu marido. Vamos, dí, ¿qué?

JULIA. (*En un arranque decidido corre hacia él y se echa a sus pies.*) ¡Perdóname, Alejandro! ¡Perdóname!

ALEJ. (*Levantándola rápidamente y emocionado a su pesar.*) ¿Pero qué haces, mujer? ¡Levántate!

JULIA. ¡Perdóname! ¡Perdóname, por Dios, por nuestro hijo, por lo que más quieras, perdóname!...

ALEJ. ¿Pero de qué?...

JULIA. ¡Por lo mucho que he sufrido siquiera, perdóname, Alejandro!

ALEJ. ¿Pero de qué he de perdonarte yo? ¡Si me han dicho que estás ya curada..., que se te habían quitado las alucinaciones! (*Cogiéndola la cara y obligándole a mirarle.*) ¿Es verdad o no?

JULIA. Es verdad, Alejandro, tienes razón. (*Le echa los brazos al cuello, que él no rechaza.*) Por darte celos, nada más que por darte celos, inventé en mala hora aquellas cosas terribles y descabelladas. Todo fué mentira. ¡Faltarte yo! ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿A ti? ¡Cómo iba a faltarte yo! Pero dime, necesito que me lo digas de verdad, de corazón, como tú seas, seas como seas, pero que te salga del alma; dime, Alejandro: ¿me crees ahora? (*Pausa.*)

ALEJ. Una vez, Julia, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a...

JULIA. (*Tapándole la boca con la mano.*) ¡Calla! ¡No me lo recuerdes!

ALEJ. (*Apartándole suavemente la mano*) ...me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Te acuerdas, verdad?

JULIA. ¡Pero no me lo recuerdes tú!

ALEJ. ¿Y te acuerdas también de lo que tú me respondiste?

JULIA. ¡Que no, que no lo creía, que no podía creerlo!

ALEJ. Pues eso te digo yo ahora, que no creí nunca, que no pude creer nunca que tú te hubieses entregado al mentecato ése. Que no creí, que no pude creer, que no pude ni sospechar siquiera, que tú hubieses dejado de ser mía ni un momento. ¿Te basta?

JULIA. ¡No, no, ni un momento! (*Sufre un desvanecimiento, y Alejandro la sostiene en sus brazos.*) ¡Ni un momento, Alejandro!

ALEJ. ¿Qué es esto?... ¡Julia!... ¡Julia!... ¿Qué te pasa?

JULIA. (*Reanimándose.*) Nada, no es nada... Un mareo... Un poco de mareo... Pero ya va pasando... Ya, ya pasó...

ALEJ. ¿Estás ya bien? ¿Necesitas algo?

JULIA. No, nada. (*Alejandro, emocionado, aunque ocultándolo, se sienta junto a la mesa y arregla un tabaco para en-*

cenderlo. Julia se le acerca despacio y se arrodilla junto a él poco a poco, según va hablando.)

JULIA. Oyeme, Alejandro: si yo estuviera muy enferma, que me estuviera muriendo, y mi salvación estuviera en tu mano, ¿me la darías?

ALEJ. ¡Qué cosas dices! ¿A qué viene todo eso?

JULIA. Pero dí: yo me estaba muriendo, muriendo y tú podías salvarme: ¿me salvarías?

ALEJ. ¡Naturalmente!

JULIA. Pues hazte cuenta que así estoy y que tú puedes salvarme con una palabra.

ALEJ. ¡Pero cuánto rodeo! Vamos, di lo que sea ya de una vez.

JULIA. No, no lo digo sin antes prometerme que me has de contestar a lo que necesito preguntarte, a lo que necesito saber. ¿Me lo prometes?

ALEJ. Prometido.

JULIA. (*Abrazándole y junto al oído.*) ¿Y ahora, Alejandro, dime: me quieres? (*Alejandro quiere, pero no puede, ocultar una intensa emoción que le domina.*) ¡Dímelo! ¿Me quieres? (*Y a los ojos del hombre asoman dos lágrimas que intenta ocultar. Luchan un momento, él por disimular esas lágrimas y ella por descubrirlas. Al fin vence ella y le llena de besos los ojos.*) ¿Me quieres?

ALEJ. (*En una explosión de afecto.*) ¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma y con toda la sangre y con todas las entrañas; más que a todo lo del mundo, más que a mí mismo!

JULIA. ¡Alejandro!

ALEJ. (*Con brusca transición.*) Bueno, pero esto no ha pasado. ¿Lo oyes? (*Levantándose.*) ¡Guárdatelo y como si no lo hubieras oído!

TELON

JORNADA QUINTA

Gabinete lujoso con puertas laterales y otra grande en el foro, oculta por un portier practicable por el centro. Entre los muebles de este gabinete, hay un secreter a la derecha. La acción acontece en las últimas horas de la tarde, cuando ya se hace precisa la luz artificial.

ESCENA PRIMERA

MARGOT y la MARQUESA, con trajes de calle; luego DON ALBERTO

MARQ. ¡Pobre Julia!

MARG. ¡Pobrecilla!

MARQ. ¡Es que parece increíble!
MARG. ¡Qué sabemos lo que habrá sufrido la pobre con... ese salvaje a su lado!
MARQ. Por Dios, mujer, no digas eso. Eien apenado se le vé a él, a pesar de su carácter.
MARG. ¡Ahora!
MARQ. No, hija, no; no hay que echarle la culpa a nadie... Di que cuando la desgracia le viene a una derechamente, se acabó. ¡Qué lástima! ¡Tan joven, tan guapa!
MARG. ¡Y tan rica!
MARQ. Pues ya ves de qué sirve todo esto cuando le llega a una la hora. (*A don Alberto, que aparece por la derecha.*) ¿Qué, señor Robles, qué dicen esos médicos?
D. ALB. Nada que pueda se una esperanza.
MARG. ¡Qué horror!
MARQ. ¿De modo que la ciencia cree que esto es un caso desesperado?
D. ALB. La ciencia, señora marquesa, todos los saben, influye hasta un límite, y el estado de la pobre Julia está ya fuera de los límites de esa influencia.
MARQ. Parece imposible. ¡Es atroz! Y diga, ¿no habrá esperanza?
D. ALB. No hay que hacerse ilusiones; al estado a que hemos llegado, si es que hay que esperar algo, no será mucho.
MARQ. ¡Jesús, Jesús!
MARG. ¡Pobre muchacha!
MARQ. Diga usted: ¿y el niño?
D. ALB. De eso tengo que hablar con Alejandro en seguida. El niño no puede permanece aquí.
MARQ. Dígale que para eso, y para todo, mi casa está a su disposición.
D. ALB. Se lo haré presente. (*Un reloj da una campanada.*)
MARQ. Y nos vamos, señor Robles, porque aquí, el que no puede hacer nada de provecho, más bien estorba.
MARG. Antes de volver a casa subiremos otra vez.
MARQ. Sí, señor, sí. A ver si Dios quisiera...
D. ALB. Lo dudo. (*Se dan la mano despidiéndose y ellas se oponen a que las acompañe fuera del gabinete.*)
MARQ. No, no; vaya usted a su lado.
MARG. La doncella nos acompañará.
D. ALB. Como ustedes quieran. Hasta luego, pues. (*Mutis Marquesa y Margot por la izquierda.*)

ESCENA II

DON ALBERTO y ALEJANDRO, que aparece por entre el portier del foro, en actitud nerviosa, que a veces llega al enfurecimiento.

ALEJ. ¿Qué dijeron esos médicos?
D. ALB. Nada mejor que yo.

ALEJ. Pero, ¡hombre! ¡Parece que están los papeles cambiados! ¡Parece que yo sea el médico, el encargado de dar alientos, esperanzas!

D. ALB. ¿Es que quiere usted que se le engañe?

ALEJ. ¿A mí? ¿Engañarme a mí? ¡A mí no hay quien me engañe!

D. ALB. Pues entonces no le queda otro camino que aceptar la realidad.

ALEJ. ¿Y cuál es?

D. ALB. Que no hay remedio.

ALEJ. ¿Que no hay remedio? Vamos, hombre, no me diga usted a mí eso. ¿No va a haber remedio con lo que la ciencia ha adelantado?

D. ALB. Imposible.

ALEJ. ¡Imposible! Eso no es más que una palabra. No hay nada imposible cuando se lo propone uno de verdad. Si estos médicos no aciertan con el modo de curarla, otros habrá más sabios fuera de aquí. En los Estados Unidos creo que los hay capaces de resucitar a los muertos. A ver, ¿qué se tardaría en un bicho de esos que van por el aire en ir allá y volver con un médico de éstos?

D. ALB. ¡Imposible, imposible!

ALEJ. ¡Hay que salvarla sea como sea! ¡Toda mi fortuna, fíjese bien, todos mis millones, por ella! ¡Hasta el último clavo de mi casa por su vida!

D. ALB. Imposible, desgraciadamente.

ALEJ. Y además, mi vida, también mi vida a cambio de la suya... ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre?

D. ALB. Es inútil.

ALEJ. ¡Eso ya se verá! ¡A probarlo!

D. ALB. Calma, Alejandro, no se altere usted así...

ALEJ. Andando, no esperemos más. Sáqueme toda la sangre, si es necesario, para ella.

D. ALB. No se obstine, Alejandro. Humanamente es imposible. Ya sólo Dios puede salvarla.

ALEJ. ¡Dios! (*Con solemne y profunda emoción.*) Así dice ella: que sólo Dios puede salvarla... (*Pausa.*) ¡Nunca pensé en El!

D. ALB. Pues en momentos como éste hay que pensar...

ALEJ. Pero, ¿dónde está Dios, don Alberto?

D. ALB. (*Levantando los ojos.*) En todas partes.

ALEJ. (*Con los ojos y los brazos hacia arriba.*) ¡Sálvamela, sálvamela, y llévatelo todo: mi fortuna, mi vida, todo!

D. ALB. ¡Y la pobre Julia que dudó de que usted la quisiera!

ALEJ. ¡Y no, no la quería, no la quería! Eso de querer, se lo he dicho muchas veces, son tonterías de libros.

¡Amor..., amor! Y esos miserables, cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres... No, no la quiero, no; la... (*Rompiendo en sollozos.*) ¡No hay palabras!

D. ALB. ¡Alejandro!

ALEJ. Y no se morirá, ¿oye usted? No quiero yo que se muera.

D. ALB. Y, sin embargo, Alejandro, puede morirse.

ALEJ. ¡Y yo con ella!

D. ALB. Vamos, vamos, no sea usted loco.

ALEJ. Sí, tiene razón, loco; yo soy el loco, yo el que estuve siempre loco, loco por ella.

D. ALB. Calma, Alejandro. Serénese usted y vamos a tratar las cosas razonablemente. ¿Cómo la ha dejado ahora?

ALEJ. (*Más sereno.*) Parece que quedó tranquila después de pasarle el ataque. A mí no hay quien me quite de la cabeza que si pudiese estar así, tranquila, reposada, estaba salvada la situación.

D. ALB. ¿Quiere usted que entremos?

ALEJ. Vamos. Verá usted. (*Pasan los dos por entre el portier del foro, que queda cerrado tras ellos. A poco se oye la voz de Alejandro, que, desgarradamente, exclama:*) ¡Julia!... ¡Julia! (*Queda todo un momento en silencio, después del cual salen de la alcoba don Alberto, llevando del brazo a Alejandro, y éste con el semblante demudado.*)

D. ALB. ¡Valor, Alejandro, valor!

ALEJ. Pero, ¿está usted seguro?

D. ALB. Desgraciadamente.

ALEJ. Pero, ¿está usted seguro de que ya no está ahí, de que ya no está ahí mi mujer? ¿Que eso ya no es ella ni es nada?

D. ALB. Estaba bien previsto. Tenía que ser así... ¡y fué!

ALEJ. (*Enfurecido.*) Pero, ¿quién, quién se la ha llevado?

D. ALB. Ya lo ve usted: la muerte.

ALEJ. ¿Y usted cree que es posible que a mí, ¡a mí!, me quite nadie lo que es mío?

D. ALB. Contra la muerte nada puede la voluntad humana, aunque sea tan fuerte como la de usted.

ALEJ. ¡La muerte! ¿Y cree usted que ese espantajo es capaz de vencerme a mí? ¿A mí? Tampoco usted me conoce todavía. Usted no sabe que ella y yo nos hemos visto las caras más de una vez allá, en las tierras lejanas en donde yo, a puño y paso a paso, fuí construyendo mi voluntad y mi fortuna. Usted no sabe que más de una vez nos hemos encontrado y nos hemos gruñido como fieras rabiosas; y siempre fué ella la que tuvo que ceder y dejarme el paso franco. ¡Y entonces sólo defen-

día yo un trozo de mi vida! ¿Iba a vencerme ahora, en que es toda mi vida la que ventilamos? ¡Usted no me conoce aún! ¿Que sale al paso la muerte para separarme de mi mujer? ¡Pues se le pega una patada a la muerte y se salta por encima de ella!... ¡A mí no hay quien pueda separarme de mi mujer!

D. ALB. Tranquilícese, Alejandro. Para los hombres se han hecho estos golpes tan rudos, y usted es un hombre de verdad.

ALEJ. ¡Todo un hombre! No lo dude usted. (*Desde este momento cambia su entonación y ahora es ya serena y fría.*) Hágame el favor de disponer lo necesario en casos como éste, porque yo no sé por dónde se empieza.

D. ALB. Yo me ocuparé de eso, descuide usted. (*Mutis don Alberto por la izquierda.*)

ESCENA III

ALEJANDRO solo.

(Frío y sereno se dirige al secreter, se sienta, abre los cajones y de ellos saca varios papeles, que reúne y guarda en uno solo. De otro cajón saca una pistola y un cargador; examina el arma, la carga y la guarda en un bolsillo. Después escribe unas líneas en un pliego de cartas, le mete en el sobre y escribe la dirección y lo deja allí encima. Se levanta y se dirige hacia la alcoba de su mujer; pero antes de llegar vuelve junto al secreter, saca la pistola del bolsillo y la mete en el cajón de los papeles. Vuelve hacia la alcoba y desaparece tras el portier. La escena queda un momento sola.)

ESCENA ULTIMA

DON ALBERTO, la MARQUESA y MARGOT, por la izquierda.

MARG. A mí me cuesta trabajo creerlo.

MARQ. Y a mí.

D. ALB. Pues ya lo ven ustedes.

MARG. Ahora, de quien me dá mucha pena es de ese niño.

MARQ. Pena de los que se van, que los que se quedan...

MARG. Sí; pero hay que ver las amenazas que desde ahora le rodean.

MARQ. Es sensible.

D. ALB. Muy sensible.

MARQ. Ya lo creo, pero peor quedan otros. Este niño, al cabo, queda amparado por buenos millones.

MARG. Pues por eso, por eso. Por mucha pena que sientan los hombres que enviudan, ya vemos todos los días que el tiempo se encarga de calmarla y otras mujeres de consolarles! sobre todo cuando hay...

D. ALB. (*Cortando bruscamente esta conversación.*) Si a ustedes les parece, puesto que éste es su deseo, pasaremos. Alejandro debe de estar ahí con la pobre...

MARQ. Sí, sí; entremos. (*Don Alberto, seguido de las dos señoras, levanta el portier para darlas paso y hace un gesto de extrañeza que empuja a la Marquesa y a Margot a ver qué ocurre en el interior, y mientras él desaparece un instante para volver a escena en seguida, ellas lanzan un grito de terror y se apartan de allí.*)

MARQ. ¡Ese hombre, ese hombre!

MARG. ¡Es increíble, increíble! ¡Qué atrocidad! ¡Está ensangrentado!

D. ALB. (*Saliendo por entre el portier, que queda completamente unido sin dejar ver nada de lo que sucede dentro.*) ¡Ensangrentado y desangrado!

MARQ. ¿Muerto?

D. ALB. ¡Muerto!

MARQ. ¡Cosa más extraña!

MARG. ¡Increíble!

D. ALB. ¡Muerto por amor a su mujer, a su mujer propia! ¿Les parece a ustedes increíble esto, verdad?

MARQ. ¿Pero quién era ese Alejandro Gómez?

D. ALB. Ya lo han visto ustedes: un hombre... ¡Nada menos que todo un hombre!

FIN DE LA OBRA

JACINTO BENAVENTE

MODAS

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara el 18 de Enero de 1901.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MME. TUTÚ	Sra. Valverde.
LA PRIMERA	Srta. Lasheras.
LA ROSENDO	» Domus
DOÑA CONCHA	Sra. Parejo
AMALIA	Srta. Maurí.
UNA MAMÁ	Sra. Segura.
UNA NOVIA	Srta. Suárez.
OTRA NOVIA	» García Serra.
SEÑORA DE COMPAÑÍA	» Feros.
UN DIPUTADO	Sr. Larra.
UN CELOSO	» Morano,
MR. GUILLAUME	» Balaguer (J.)
UN NOVIO	» Santiago.
OTRO NOVIO	» Ponzano.
UNA DONCELLA	Srta. González.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

Sala de espera en casa de una modista.

ESCENA PRIMERA

La PRIMERA, una DONCELLA y después MAD. TUTÚ.

DONCELLA

Yo le digo a usted lo que me ha dicho mi señorita. Si no tiene el vestido para esta noche, que no lo recibe, y que no lo recibe. Ya sabe usted el carácter que tiene la señorita.

PRIMERA

Ya, ya... Pero que se haga cargo: como nos hizo quitar toda la guarnición de piel...

DONCELLA

Ya lo creo. Como que se encargó el vestido en diciembre y estamos en marzo.

PRIMERA

Luego nos hizo reformar dos veces el cuerpo y hemos tenido que hacerlo nuevo. No querría la señora que le metiéramos un cuchillo.

MADAME TUTÚ

(*Saliendo por el foro.*) *Q'est qu'il y a?*

DONCELLA

Madame, la doncella de la señora marquesa.

MADAME TUTÚ

¿Qué marquesa? Yo no puedo saber, entre tantas...

DONCELLA

La señora marquesa de San Serapio.

MADAME TUTÚ

¡Ah! ¿Viene usted...?

DONCELLA

Por el vestido. Me parece que ya es hora.

MADAME TUTÚ

¡Oh! ¡*Pardon*! ¿Pero todavía no ha recibido el vestido la

señora marquesa? (*A la Primera.*) ¿En qué piensan ustedes? ¡Si anoche mismo lo dejé yo terminado! ¡Oh! ¡Cómo son ustedes! ¡*Mademoiselle* Pepita! (*Llamando.*) Llame usted a Pepita... ¿Pero no sabía usted que había que enviarlo en seguida? (*A la Doncella.*) ¡Oh! Diga usted a la señora marquesa que perdone esta falta... Una de mis clientes más distinguidas... Antes de que usted llegue tendrá el vestido en casa... Corriendo, el vestido de la señora marquesa...

DONCELLA

Está bien. Gracias a Dios. (*Vase la Doncella por la primera derecha.*)

PRIMERA

Pero, señora, ¿usted sabe que ni siquiera está hilvanado?

MADAME TUTU

Ya lo sé, que se aguante. ¡Impertinente! ¡Si tuviera tanta prisa para pagar las cuentas! Luego siempre quiere que se le estén haciendo composturas.

PRIMERA

Ya, ya; no he visto señora más amiga de arreglos.

MADAME TUTÚ

¿Y el abrigo de la señora de Trevelez?

PRIMERA

Está listo. Le puse aquella *guipure*...

MADAME TUTU

Sí, cualquier cosa: lo mismo da. Hay señoras que las vestiría una de balde, pero a otras... Y yo no lo puedo disimular; me lo deben conocer en la cara.

PRIMERA

Sí, señora. El otro día, cuando probaba usted el traje hechura sastre a la de Zorongo...

MADAME TUTU

¡Hechura sastre! Con cincuenta años y cincuenta arrobas. Y tiene el valor de decirme: «¿No le parece a usted que me hace algo *cocotte* este traje?...»

PRIMERA

¿Y usted qué le dijo?

MADAME TUTÚ

¿Yo? Le dí dos azotes, así... como que le sentaba los faldones.

ESCENA II

DICHOS y la ROSENDO, por la primera derecha.

LA ROSENDO

Muy buenas tardes, madame.

MADAME TUTÚ

¡Oh! ¡Querida mía! ¿Cómo va? ¡Cuánto tiempo sin verla por aquí!

LA ROSENDO

¿Cuánto tiempo? ¡Demasiado poco! Esto es la ruina. ¿Vió usted la última obra que estrenamos? Para cuatro noches. ¡Seis trajes perdidos!

MADAME TUTÚ

Pero un triunfo para usted; un triunfo de talento y de elegancia. Todo el mundo lo dice; el otro día hablaban aquí de usted unas señoras de lo más distinguido: «No hay quien se vista en el teatro como la Rosendo.» No es que se vista usted en la casa, pero no se ve, no se ve nada parecido en esos teatros. Los que hemos viajado y hemos visto en París a aquellas actrices...

LA ROSENDO

No compare usted. Allí con una obra tienen para toda la temporada. Además, las actrices francesas tienen otros recursos. Pero aquí... El público no agradece lo que hace una.

MADAME TUTÚ

Sí lo agradece, créalo usted. Cada vez que aparece usted en escena hay un murmullo.

LA ROSENDO

Y cada vez que mi marido ve una cuentecita hay una gritería. Y eso que él no ve más que la mitad.

MADAME TUTÚ

El matrimonio y el arte son incompatibles. ¡Y las actrices españolas, qué aficionadas son al matrimonio!

LA ROSENDO

Yo pensaba retirarme del teatro cuando me casé. Mi marido ganaba bastante en sus negocios.

MADAME TUTÚ

Pero...

LA ROSENDO

El que se retiró fué él.

MADAME TUTÚ

Lo mismo que el mío, Guillaume.

LA ROSENDO

¿Su marido de usted es francés?

MADAME TUTÚ

Todo lo que hay de más francés: de Port-Bou, como yo.

LA ROSENDO

¡Ay, qué hombres! No hablemos de ellos. Aquí me tiene usted con otra obra nueva. ¡Tres trajes!

MADAME TUTÚ

¡Oh! ¡*A merveille*! Tres trajes espléndidos.

LA ROSENDO

No, no: de apariencia, pero de poco coste. ¡Llevo una temporada!...

MADAME TUTÚ

¡Oh! Una artista como usted no puede escatimar... ¿La obra es de gran mundo?

LA ROSENDO

No la conozco. No estuve el día de la lectura. Por mi papel me parece que hago una señora casada y que mi marido no es muy rico. En el primer acto voy a los Jardines y me quejo porque no voy bien vestida. Esto ya lo he quitado de mi papel.

MADAME TUTÚ

Naturalmente.

LA ROSENDO

Y he hecho que el acto pase en invierno y que en vez de los Jardines sea al teatro Real donde vamos. Ir a los Jardines y en verano es una cursilería; porque en verano ninguna persona distinguida está en Madrid.

MADAME TUTÚ

Naturalmente. ¡Oh! ¡Qué artista!

LA ROSENDO

Además, quiero sacar aquel abrigo que me hizo usted el año pasado. Está muy poco visto.

Madame Tutú

¡Oh! ¿Poco visto? Todo el mundo se acuerda. Hizo fanatismo el abrigo. Las señoras no hablan de otra cosa todavía. Tengo un modelo... ¡Oh! ¡Un sueño, un verdadero sueño! Azul pastel en terciopelo, un tono ideal, bordado en plata vieja y turquesas muertas, forrado en seda rosa Luis XV *fané*... Está sin armar y quiero que reciba usted la impresión completa. ¡Oh! ¡Un éxtasis!

La Rosendo

No me tiente usted. Luego no gusta la obra...

Madame Tutú

Pero el abrigo queda. Es un abrigo para siempre.

La Rosendo

¡Ay, ya veremos, ya veremos, ya veremos! Luego tengo un traje de mañana para el segundo acto.

Madame Tutú

¡Oh! ¡Un traje de mañana! No hay nada nuevo. Todo muy visto. Haga usted que sea por la tarde, un traje de paseo. Tengo un azul pastel...

La Rosendo

Ya es mucho pastel.

Madame Tutú

¡Oh! es otra cosa *tout fait*. Hasta siete tonos. Las señoras distinguidas no deben salir de una escala de tonos en un solo color. Es el estilo lo supremo en el acto de la *toilette*. ¿Y para el tercero?

La Rosendo

El tercero tendrá que variarlo el autor completamente. Figúrese usted que por fin me decido a faltar a mi marido, y el autor marca que debo salir hecha un pingo.

Madame Tutú

¡Qué contrasentido! No hay seducción posible. Necesita usted un *deshabillé* de encaje *point d'Alencon*. ¡Oh! Ya lo veo, ya lo veo... ¿La escena es atrevida?

La Rosendo

Debe serlo. Como no conozco más que mi papel... Yo no digo nada de particular.

Madame Tutú

Naturalmente. El actor será el atrevido. De modo que tres *toilettes* deslumbradoras.

La Rosendo

No vuelvo por su casa de usted. Siempre vengo con el propósito de gastar poco, y usted me trastorna.

Madame Tutú

¡Oh! Una artista como usted...

La Rosendo

(*Levantándose.*) ¡Ah! La última cuentecita me la manda usted al teatro mañana, a la hora del ensayo. Me servirá de pretexto para pedir un anticipo; pero ya sabe usted que hasta dentro de unos días...

Madame Tutú

¡Por Dios! No corre prisa. (*Voces dentro.*)

La Rosendo

Me parece que tiene usted gente de espera. Voy al ensayo. Llegaré tarde. ¿Cuándo estará de prueba? No se duerma usted.

Madame Tutú

Mañana mismo. Ya sabe usted que por usted lo dejo yo todo. Es usted el orgullo de mi casa.

La Rosendo

Hasta mañana entonces.

Madame Tutú

Au plaisir. (*Al salir por la primera derecha la Rosendo, entran doña Concha, Amalia y el Diputado.*)

ESCENA III

Dichos, DOÑA CONCHA, AMALIA y el DIPUTADO

Diputado

(*Desde la puerta.*) ¿Madame Tutú?

Madame Tutú

(*Saludando.*) *Monsieur... Mesdames...*

Diputado

(*Viendo a la Rosendo.*) Amiga mía...

La Rosendo

¿Usted por aquí? ¿Con la familia?

DIPUTADO

No; deberes del arte, como usted. Son la señora y la hija de un elector. Han venido a Madrid por unos días: mi señora está delicada y no puede acompañarlas. ¡Me están dando una de tiendas!... ¡Ay! ¡Si hubiera otro cierre!

LA ROSENDO

Le compadezco. No va usted por el teatro.

DIPUTADO

Estoy muy ocupado.

LA ROSENDO

(*A Madame.*) Ya puede usted vestirlas.

MADAME TUTÚ

¡Oh! Sienten la provincia de una legua.

LA ROSENDO

Por Dios, Madame, no me falte usted.

MADAME TUTÚ

No me diga usted nada. (*Vase la Rosendo. La acompaña Madame Tutú.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos la ROSENDO

AMALIA

(*Por la Rosendo.*) ¡Qué elegante!

DOÑA CONCHA

¡¡Y qué guapa!! (*Al Diputado.*) ¿Es amiga de su señora? La cara no me es desconocida.

AMALIA

¿Pero no te acuerdas? Si es la Rosendo, la actriz...

DOÑA CONCHA

La... Ya decía yo... (*Al Diputado.*) ¿De qué la conocerá usted? ¡Buenos están ustedes en Madrid!

DIPUTADO

Aquí se conoce a todo el mundo.

AMALIA

Es muy buena actriz. En Moraleda estuvo una temporada; nosotros teníamos abono a diario, como siempre.

Doña Concha

No crea usted. Allí vemos todo lo mejor.

Amalia

En eso no tenemos que envidiar a Madrid.

Doña Concha

Ni en nada.

Diputado

(*Presentando a Madame, que ha salido un poco antes, desués de haber acompañado a la Rosendo.*) Madame... Mi seño-, que se viste en casa de usted... la señora de Pérez...

Madame Tutú

¡Oh! Sí: es una de mis clientes más distinguidas. ¿Cómo stá la señora?

Diputado

Delicada. Por eso vengo yo a recomendarla a usted a estas eñoras. Como dicen que usted no viste más que por recomenlación...

Madame Tutú

Y recomendación muy especial. No podría complacer a todo l mundo En este caso, basta que sea madame Pérez Gómez la ue recomienda... Una señora encantadora. ¡Qué bonito cuerpo!

Doña Concha

Es verdad.

Diputado

Muchas gracias.

Madame Tutú

Allí no hay que corregir ni que rellenar nada. Se le amolda odo.

Diputado

Muchas gracias.

Madame Tutú

En fin, ¿qué voy a decirle a usted? ¿Se acuerda del vestido ue le hicimos el año pasado para una recepción de Palacio?

Diputado

¿No he de acordarme? ¡Mil quinientas pesetas

Madame Tutú

¡Por Dios! No pudo ser más ajustado.

Diputado

Sí, de talle.

MADAME TUTÚ

Y este año, ¿no asistirá madame a otra recepción?

DIPUTADO

No, este año no. Soy romerista. (*A doña Concha.*) Aho ustedes dirán lo que desean.

MADAME TUTÚ

Mesdames...

DOÑA CONCHA

Amalita, ¿por qué no hablas en francés con esta señora?

AMALIA

Si hace tanto tiempo que no practico...

DOÑA CONCHA

Por eso; aprovecha.

DIPUTADO

(*Aparte.*) Vaya. ¿A que nos coloca un tema la niña?

MADAME TUTÚ

Ustedes desean...

DOÑA CONCHA

Nosotras no traemos idea fija. Queremos ver las novedad lo último. Si tenemos de todo. No crea usted, en Moraleda viste mucho; pero no sé qué parece venir a Madrid y no lle algo.

MADAME TUTÚ

Pueden ustedes ver...

DOÑA CONCHA

Sí, veremos, veremos.

DIPUTADO

(*Aparte.*) Lo revolverán todo y no comprarán nada, co siempre. ¡Ay, si no fuera por la influencia de su marido y p dre!...

MADAME TUTÚ

¿De modo que no han pensado ustedes en nada? En abrig tenemos verdaderas novedades, y en sombreros...

AMALIA

Será difícil que veamos nada nuevo. Allí llegan en segui las modas de París. Todas las estaciones va una modista de B yona.

DOÑA CONCHA

(*Al Diputado.*) Usted, que ha estado allí por feria, sabe u ted cómo se visten las señoras.

DIPUTADO

¡Oh! Como en ninguna parte.

DOÑA CONCHA

A ésta le trajeron un vestido cuando fué reina de los Juegos rales... En fin, no pudo ponérsele más que una vez. Nos costó edar mal con muchas amigas, porque ésta les chafó a todas; ya sabe usted lo que es aquello. Mi esposo era entonces presinte de la Diputación, y un papelucho se atrevió a decir que entras nosotras lucíamos los escotes cubiertos de joyas, los nis de la Inclusa no tenían quien les diera el pecho.

DIPUTADO

¡Qué cosas!

DOÑA CONCHA

Figúrese usted. Cuando mi esposo acababa de costear seis bras de su bolsillo particular.

DIPUTADO

Ya, ya... En fin, ¿han pensado ustedes...?

DOÑA CONCHA

¡Ah! Sí. Lo veremos todo; pero ya le digo a usted; no saemos todavía lo que nos haremos.

DIPUTADO

(*Aparte a Madame.*) Perdónelas usted, señora, que no saben o que se hacen.

MADAME TUTÚ

Ustedes verán. Pasen ustedes.

DIPUTADO

Yo las espero a ustedes aquí.

DOÑA CONCHA

¡Cómo abusamos de su amabilidad!

DIPUTADO

¡No faltaba más! Yo otras veces he abusado de la de ustedes.

DOÑA CONCHA

Quién se acuerda...

AMALIA

¿Par ici?

MADAME TUTÚ

Apres vous, mademoiselle.

AMALIA

Merci, madame.

Doña Concha

Así, niña, suéltate. (*Al Diputado.*) ¿Verdad que tiene m buen acento?

Diputado

(*Aparte.*) De Bayona, como los trajecitos. (*Vase Mada Tutú, doña Concha y Amalia por el foro derecha.*)

ESCENA V

El DIPUTADO y después un CELOSO y la PRIMERA, por la prime derecha.

Diputado

Y ahora, a esperar. Sesión permanente. (*Se sienta y coge gunos periódicos y libros.*) *La Mode Practique, El Eco de la M da...* ¿Eh? *¿Quo vadis?...* ¡Claro! Todas son modas. (*Entra Celoso y la Primera.*)

Celoso

(*A la Primera.*) Dice usted que no puede asegurar...

Primera

No, señor; ni por las señas ni por el nombre. Madame es que podrá decir a usted... Si usted quiere, preguntaré.

Celoso

No; ni ella ni usted: ya lo veo. Ya lo sabía. No la conoc rán ustedes, no vendrá aquí. De todos modos, pregunte usted. ¿Recuerda usted bien?...

Primera

Sí, señor, sí. Alta, rubia, viuda de Antón... Con permiso. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI

DIPUTADO y CELOSO. El Celoso se pondrá muy agitado.

Diputado

(*Aparte.*) Este trae atravesada alguna cuentecita.

Celoso

(*Aparte, mirando al Diputado.*) ¡Otra víctima! (*Pausa. Lo dos se miran. Alto.*) ¡Dichosas modistas!

Diputado

¡Dichosas!

CELOSO

¡Que tenga usted que nacer estos papeles!

DIPUTADO

Caballero... yo...

CELOSO

Perdone usted. Yo no sé qué papel hace usted aquí, pero lo ongo: de víctima o de engañado, como yo, como todos.

DIPUTADO

¡Hombre! ¿Todos?

CELOSO

Sí, tiene usted razón. ¿Qué le importa a usted lo que me sa? ¿Qué le importa a nadie? Cuando está usted nervioso sabe usted lo que se dice y no dice usted más que tonterías...

DIPUTADO

Sí, en efecto, cuando está usted nervioso... dice usted muchas nterías...

CELOSO

Pero en el fondo pensará usted como yo...

DIPUTADO

En el fondo...

CELOSO

Estas modistas son una calamidad.

DIPUTADO

Eso sí. ¡Qué cuentecitas! (*Aparte.*) Ahí debe dolerle.

CELOSO

Estas casas son un pretexto para muchas cosas...

DIPUTADO

(*Aparte.*) Pues no le duele donde yo creía.

CELOSO

Hay mujeres que se pasan aquí la vida. ¡Tres horas de prue-a todas las tardes! ¿Usted puede creerlo?

DIPUTADO

¡Hombre! Según lo que se pruebe... Si es un equipo de oda...

CELOSO

Le advierto a usted que no soy casado.

DIPUTADO

No suponía...

CELOSO

Lo advierto por si encuentra usted risible mi situación; au que no me importa. Por no verme puesto en ridículo soy cap de las mayores ridiculeces. ¡Ah! Si estuviera casado con e mujer, yo le aseguro a usted que no se burlaría de mí. Pe cuando le dicen a usted, ¿con qué derecho duda usted de m ¿Quién es usted para seguir mis pasos?... Y usted que no pie sa más que en esa mujer, que vive usted alejado de los negoci de la política, que pierde usted su porvenir, que es usted un i bécil...

DIPUTADO

(*Aparte.*) ¿Pero este hombre, por qué no usará la prime persona de indicativo?

CELOSO

¿Esta casa es de esquina? Acaso tendrá dos entradas. ¿U ted sabe? Sí, usted estará en el secreto; porque usted no ve drá aquí a vestirse: algo espera usted aquí.

DIPUTADO

(*Aparte.*) ¡Qué imaginación de hombre!

CELOSO

¿Modas? No están malas modas. ¿Esto es lo que se copia París? Dirá usted que estoy loco; acaso se burla usted de interiormente...

DIPUTADO

No; sus razones tendrá usted para hacer locuras.

CELOSO

Pero esas señoras no acaban nunca. Voy a pasarme aq la tarde...

DIPUTADO

Ya ve usted, cuando los hombres nos pasamos aquí la ta de, ¿qué tiene de particular que las señoras se pasen la vid Eso debe tranquilizarle a usted. Mire usted, cuando mi seño sale de compras, ya lo sé: como si se fuera de baños. Nos e cribimos y todo. A lo mejor me manda un continental: «Me e tretuve saldo calle de la Lechuga guantes baratísimos, ocasi nes excepcionales; almuerzo con las de Fulano, y después seg mos exploraciones: dime si necesitas tirantes.» ¿Quiere ust mayor ironía? Pues estas que acompaño... (*Hablan dentro.*) ¡C lle! Quieren dejarme mal: ya salen... Verá usted...

CELOSO

¡Caballero! Nada de eso me importa. No he venido a que cuente usted sus historias.

DIPUTADO

Ya lo sé... ha venido usted a contarme las suyas...

ESCENA VII

...chos, MAD. TUTU, DOÑA CONCHA y AMALIA. Salen todas por el foro.

DOÑA CONCHA

(*Al Diputado.*) ¿Qué dirá usted de nosotras? ¡Cómo le trae...os a usted!

DIPUTADO

¡No faltaba más! ¿Han visto ustedes algo?

AMALIA

Todo de mucho gusto.

DOÑA CONCHA

Y de alguna novedad.

AMALIA

Hay tres vestidos para una novia...

MADAME TUTÚ

La señorita de Renovales, de lo más distinguido de Madrid.

AMALIA

Sobre todo el traje de boda. ¡Qué precioso! El prendido de ...ahar está colocado con una gracia...

MADAME TUTÚ

Pues ya ve usted, es lo más sencillo; prendido con alfileres...

DIPUTADO

¿Y se han encargado ustedes algo?

MADAME TUTÚ

¡Oh! Las señoras tienen el gusto muy difícil.

DOÑA CONCHA

Dejamos las medidas y llevamos unas muestras... (*Enseña una ...rción de muestras.*)

DIPUTADO

Ya, ya veo. (*Aparte.*) Como en todas partes. Pensarán ha...erse una colcha de retales.

DOÑA CONCHA

Yo me hubiera llevado la capa de terciopelo, pero con guarnición de piel resulta muy cara.

MADAME TUTÚ

Ya le he dicho a la señora que podemos quitarle la piel e un momento.

DOÑA CONCHA

Ya le encargaremos a usted algo desde allí, y hablaremos las amigas... (*Despidiéndose.*) Madame...

MADAME TUTÚ

Tanto gusto... (*Al Diputado.*) Que no sea nada lo de m dame.

DIPUTADO

Gracias... Y no le digo a usted nada.

AMALIA

Au plaisir de vous revoir.

MADAME TUTÚ

Au plaisir, mademoisselle.

DIPUTADO

(*Aparte.*) ¡Diputación, Diputación; tienes nombre de muje (*Vanse el Diputado, doña Concha y Amalia por la primera d recha.*)

ESCENA VIII

MAD. TUTU, CELOSO y la PRIMERA, que ha salido momentos ante

CELOSO

(*Saludando.*) Señora...

PRIMERA

Este caballero es quien desea saber... (*La Primera coge a gunos objetos y sale.*)

MADAME TUTÚ

¿La señora viuda de Antón, no es eso? Una de mis client más distinguidas.

CELOSO

La misma; es decir, debe ser la misma, porque hay ot viuda de Antón, viuda de un hermano; es decir, ella se ha pasar por viuda, pero la verdad es que... En fin, esto es lo menos. La que usted conoce es...

joven, a pesar de ser viuda...

CELOSO

Es que la otra se conserva muy bien, y así al pronto...

MADAME TUTÚ

¡Caballero! La juventud no se falsifica como la viudez... bia...

CELOSO

Auténtica, eso sí. Tal vez sea la misma.

MADAME TUTÚ

Según he oído está en relaciones para casarse con un caba-o de gran figura, de gran posición, de gran talento...

CELOSO

Sí, es ella, es ella. Ya le decía yo, estaba seguro; pero hay mentos en que duda uno de todo. Antes yo no era así, pue-usted creerlo; pero los desengaños, la conducta de ustedes; que ustedes juegan con nosotros...

MADAME TUTÚ

¿Nosotras?

CELOSO

La mujer. Figúrese usted que hace veinte días, todas las tar-s me dice que viene aquí, a su casa de usted, a probarse unos stidos y se pasa aquí más de tres horas. No, no disimulo mi bilidad; son los celos lo que me trae aquí; sé que me pongo ridículo, que todos se reirán de mí, usted la primera.

MADAME TUTÚ

No seré yo quien me ría. Esta casa es una casa muy seria. ero tranquilícese usted. Esta señora es una de mis mejores ientes; por el momento me ha encargado varios trajes, som-eros... No le extrañe a usted que venga a diario. Dice usted ie tres horas es mucho... En primer lugar usted exagera, pe-nada tendría de particular; ¡son tantas las señoras que aquí reunen!... No siempre nos es posible combinar las horas... stedes los caballeros no se hacen cargo de lo que significa la *ilette* en la vida de las señoras. Todo por ustedes; por agra-arles. Cuando usted vea los vestidos que se ha encargado su itura de usted, porque supongo que usted será el caballero a ie antes me refería... Son de un gusto tan delicado, unos me-ios tonos, nada más a propósito para una viuda que vuelve asarse... Hay uno color humo de asfalto, la última creación.

CELOSO

Sí, lo creo, lo creo, y suplico a usted que no diga nada a esa señora de este paso que acabo de dar... ¡Si ella supiera!... ¡Ah! Los nervios, estos malditos nervios... ¿Usted pensará que me marcho tan convencido?...

MADAME TUTÚ

¿Si quiere usted ver las medidas de esa señora?

CELOSO

Envidio a esos hombres que saben ocultar sus emociones, que no se preocupan por nada...

MADAME TUTÚ

No diga usted. A mí que me den hombres como usted; apasionados, vehementes. En un pronto la matarían ustedes a una, pero no tienen ustedes más que el pronto.

CELOSO

Usted lo ha dicho. ¡Si todas las mujeres fueran como usted! Para usted no soy un tirano insoportable; usted comprende que cuando se quiere de verdad no hay más que un modo de expresar el cariño, que los mayores arrebatos son naturales...

ESCENA IX

DICHOS y la PRIMERA

PRIMERA

(*Saliendo por la primera derecha.*) Con permiso. Monsieur pregunta si puede hablar con madame un momento.

MADAME TUTÚ

Que espere.

CELOSO

Por mí no... Yo dejo a usted...

MADAME TUTÚ

No se preocupe usted. Es mi marido.

CELOSO

Mil perdones... y a esa señora...

MADAME TUTÚ

Caballero, toda mi discreción y toda mi simpatía...

CELOSO

Usted me reconcilia con las modistas. Es usted una mujer de corazón... (*Vase por la primera derecha.*)

MADAME TUTÚ

¡Qué hombre más simpático! Si yo supiera, de las tres facas que me pide siempre que se encarga algo esa viuda trapndista, cuál le caía en suerte a este desdichado, le haría rebaja. ¡Qué suerte tienen algunas! Y éste es de los que casan.

PRIMERA

Qué le digo a monsieur?

MADAME TUTÚ

Que pase. Y usted quédese cerca, y si me oye usted gritar, 'e usted en seguida.

PRIMERA

¿Tiene usted miedo?

MADAME TUTÚ

Sí, porque le conozco, sé que vamos a tener un disgusto y es cosa de pegarle todos los días. (*Vase la Primera por pria derecha.*)

ESCENA X

D. TUTU y GUILLAUME, por la primera derecha con una pipa en la boca, fumando.

MADAME TUTÚ

¿Qué tenemos?

GUILLAUME

Mais est que c'est une vie; sacré nom de nom...

MADAME TUTÚ

Ya sabes que no entiendo tu francés.

GUILLAUME

Mais... Tú no me entiendes que muy bien. ¿Es que yo meco ser tratado de esta suerte?

MADAME TUTÚ

¡*Guillon*! ¡*Guillon*!

GUILLAUME

¡*Margherite*! ¡*Margherite*! Es decir, Ramona...

MADAME TUTÚ

Ramona.

GUILLAUME

¡Un nombre español del diablo! Porque yo te he dado mi

nombre, mi nacionalidad... Es a mí que tú debes ser madame Tutú, es a mí que tú debes ser una costurera.

MADAME TUTÚ

¡ Modista !

GUILLAUME

Mais tú no recuerdas que he sido yo de mi mano quien te ha sacado de una escena infecta a Marsella, donde jugabas pantomimas españolas con una tropa de sinvergüenzas, bajo la dirección de tu primer marido.

MADAME TUTÚ

¡ *Guillon* ! ¡ *Guillon* !

GUILLAUME

¡ Ah ! Con tus aires de española fiera, tú cantabas allí canciones canallas. (*Cantando.*)

Cómo me gusta tu cuerpo.
¡ Olé !
Y este jaleo...
Torero, salero.
¡ Vivan los toros !
¡ Uy, caramba !
¡ Tengo pulida la ensalada !

MADAME TUTÚ

¿No se te podía haber olvidado?

GUILLAUME

¡ Ah ! *C'est un souvenir, ça* ! Sin mí tú cantarías siempre.

MADAME TUTÚ

¿Y se puede saber a qué viene ahora todo eso? Podías haberte quedado en tu dichoso café Francés toda la tarde, y podías pasarte allí toda la vida, para lo que falta.

GUILLAUME

¿Y dónde pasar mi vida, si soy un extranjero en mi casa? Al café entre mis compatriotas al menos.

MADAME TUTÚ

Jugando y bebiendo todo el día. ¡ Bonita ocupación de hombre !

GUILLAUME

Tú sabes bien que yo no pierdo mi tiempo al café.

MADAME TUTÚ

Pierdes el dinero que no ganas, que es peor.

GUILLAUME

Yo trato allí mis negocios, yo debo frecuentar el mundo para

esto. Pero un negocio no viene todos los días, es una ocasión que llega... Hoy mismo he perdido una. Fué por eso que yo te envié a pedir dinero, y tú no me has hecho crédito, como siempre.

MADAME TUTÚ

¿Pero has gastado ya las siete pesetas que te dí antes de ayer y sin tener que comprar tabaco, porque te dí dos paquetes de cigarrillos?

GUILLAUME

Mais yo no tengo necesidad de ti, yo sólo te pido ahora cambio de un billete de veinticinco pesetas...

MADAME TUTÚ

¿Eh?

GUILLAUME

Sí. Cambio de un billete de veinticinco pesetas... Mañana te daré el billete.

MADAME TUTÚ

Ya decía yo... No te daré un cuarto.

GUILLAUME

¿Es tu última palabra?

LA ROSENDO

¡Poca aprensión!

GUILLAUME

¿Es tu última palabra?

LA ROSENDO

¡Vicioso! ¡Holgazán!

GUILLAUME

¿Es tu última palabra?

MADAME TUTÚ

¡Sinvergüenza!

GUILLAUME

¡Ni una palabra más! ¡Ah! Si tú me dijeras en francés todo eso, no sería yo a sufrirlo.

MADAME TUTÚ

Mais oui je te dirai en français...

GUILLAUME

Mais fiche moi la paix a la fin...

MADAME TUTÚ

¡*Guillon*!

GUILLAUME

¡*Margherite*!

ESCENA XI

DICHOS, UNA MAMÁ, UNA NOVIA y UN NOVIO, por la primera derecha.

MADAME TUTÚ

(*Al verlos aparecer, cambiando de tono y de actitud.*) ¡Señoras!

Pasen ustedes. Las esperaba a ustedes, y no he querido re a nadie. (*A Guillaume.*) Esconde esa pipa, groserote. Y anda café, ¡quítate de mi vista!

GUILLAUME

¡Al café! *Sans le sou, sans tabac, sans rien du tout.*

MADAME TUTÚ

Dí a Matilde que te dé dos pesetas de mi parte.

GUILLAUME

¡Dos pesetas! ¡Uno es casado para esto! Era la pena de familia. ¡*Deux francs*! (*Vase por la primera derecha.*)

MADAME TUTÚ

Ustedes perdonen. Estos comisionistas, con las aduanas y los cambios, nos traen unas cuentas... Cuando ustedes quie probaremos los vestidos. Todo está concluído. ¡Qué trajes! ha salido nada igual de mi casa.

MAMÁ

Me alegro mucho, porque han quedado en venir a ve unas amigas, las de Torres; una de ellas está también para sarse.

NOVIO

(*A la novia.*) Ya tenemos los vestidos, el mueblista ha q dado en llevarnos mañana la alcoba y el gabinete, y el elec cista asegura que en esta semana nos deja colocados todos aparatos; de modo que dentro de unos días, ¡qué felicida Mía para siempre, mía... mía...

NOVIA

Y tú mío, mío...

MADAME TUTÚ

Este caballero es...

MAMÁ

Sí; el futuro.

MADAME TUTÚ

No hay que preguntarlo. ¡Su cara es la imagen de la licidad!

NOVIO

¿Lo ves? Soy la imagen de la felicidad. Todo el mun me lo conoce.

MADAME TUTÚ

Con su permiso voy a disponerlo todo para la prueba, cuando ustedes gusten... (*Vase por el foro derecha.*)

MAMÁ

¿Esperaremos a las de Torres?

Novia

Dijeron que vendrían sin falta.

Novio

Pues cuenta con otro traje.

Novia

¿Por qué?

Novio

El que te cortarán ellas. ¡Más antipáticas!...

Novia

Julito, que no me gusta que hables mal de nadie.

Mamá

Y la mumuración es muy fea en un hombre.

Novio

Es que las de Torres, al principio de nuestras relaciones, hicieron todo lo posible por estorbarlas.

Mamá

Porque son muy buenas amigas de casa, y entonces usted no tenía porvenir ninguno.

Novio

Tenía a mi tío el General, que es soltero y sin hijos, y ya ve usted cómo me ha colocado, y a su fallecimiento... Dios le tenga en la gloria.

Novia

No digas disparates.

Novio

Quiero decir no lo quiera Dios.

Mamá

Sí, pero el día de mañana cae este Ministerio y su tío de usted vuelve a ser un General a la izquierda.

Novio

Hay Ministerio para rato. ¿Usted cree que sólo han formado este Ministerio para que yo me case?... (*Voces dentro.*)

Novia

(*Al oir las voces dentro, de la Novia segunda y Novio segundo.*) Las de Torres; pero sólo viene una con doña Flora, la profesora de piano... Por aquí, Finita, por aquí.

ESCENA XII

DICHOS, NOVIA 2.ª, NOVIO 2.º, la SEÑORA DE COMPAÑÍA. S
por la primera dorecha

NOVIA 2.ª

¿Te hemos hecho esperar?

NOVIA 1.ª

Llegamos ahora mismo. ¡Ah! Leopoldo... (*Saludando.*) ¡D
Flora!

SEÑORA DE COMPAÑÍA

Yo rendida con tanta escalera.

NOVIA 2.ª

Mamá y Asunción no han podido venir; cuando salíamos
gó una visita de cumplido; pero yo no quise faltar de ning
manera, y doña Flora ha sido tan amable...

SEÑORA DE COMPAÑÍA

Pero no me entretengan ustedes mucho; a las cinco te
una lección.

NOVIA 1.ª

¿La de Teresita Rebollo? Pues no se moleste usted, po
hoy no tendrá gana de dar lección; anoche regañó con el novi
el Teatro Real.

NOVIO 2.º

¿Cómo? Si él no está presentado a la familia y no se ha
ron en toda la noche.

NOVIA 1.ª

Regañaron por señas. Ella rompió el abanico de nerv
que estaba, y él rompió el argumento de la ópera y unas fo
pias de las cajas de fósforos, que las guarda siempre, porque
hace colección.

NOVIO 1.º

Entonces, no hay duda. Hubo rompimiento.

NOVIA 1.ª

Nosotros nunca hemos tenido esas tonterías. ¿Verdad, Jul

NOVIA 2.ª

Ni nosotros. ¿Verdad, Leopoldo?

NOVIA 1.ª

Es que novios como nosotros no hay dos.

NOVIA 2.ª

Sí, hay cuatro; porque nosotros... ¿verdad, Leopoldo?

NOVIO 2.º

Sí, pero ellos son más felices.

NOVIO 1.º

Sí, lo somos.

NOVIA 2.ª

Nosotros lo seremos.

MAMÁ

(*A Doña Flora.*) ¡Ay, señora! Estoy ya de noviazgo...

SEÑORA DE COMPAÑÍA

No me diga usted. Yo no tengo hijas. Pero tengo quince discípulas, y con mi carácter hacen conmigo lo que quieren, menos aprender el piano. Y no hay más remedio que pasar por todo.

MADAME TUTÚ

(*Saliendo por el foro derecha.*) No podemos probar más que el traje de novia y el de baile.

NOVIA 1.ª

Pero madame...

NOVIO 1.º

Que llevamos así quince días con las amonestaciones.

MAMÁ

Dese usted prisa, porque esto es inaguantable.

MADAME TUTÚ

Pasen ustedes.

NOVIA 1.ª

(*Al novio* 1.º) Hasta ahora. Cuando esté vestida, te avisará Finita. Ahí se quedan ustedes.

MAMÁ

Venga usted, doña Flora. (*Entran las señoras por el foro derecha.*)

ESCENA XIII

NOVIO 1.º y 2.º, y después NOVIA 2.ª por el foro derecha.

NOVIO 1.º

Y tú, ¿cuándo?

NOVIO 2.º

¡Qué sé yo! Mi papá no quiere que le hable de matrimonio hasta que concluya la carrera, y ya ves cómo se ha puesto ahora con esos planes nuevos. Antes, una asignatura aquí, otra en Gra-

nada, otra en Salamanca, buscando el catedrático más bondad de cada una... Y que tenía yo al dedillo las especialidades. tal parte, Derecho Romano, recomendación de don Fulano; falible. En tal otra, Derecho Penal, carta de don Mengano, i sistible. Pero de este año no pasa. Estoy estudiando como bruto. No voy a ninguna parte. Algunas noches al Real n más.

NOVIO 2.º

¿Por qué no te has abonado con nosotros? Tenemos un pa segundo, estamos muy bien y nos sale barato. Este año no mos más que veintiséis. Cuando la ópera tiene cinco actos, to podemos ver uno en primera fila.

NOVIA 2.ª

(*Saliendo por el foro.*) Venga usted, venga usted a verla c el traje de boda. ¡Qué guapa está!

NOVIO 1.º

Ya lo creo. Voy, voy. (*Vase foro derecha.*)

NOVIA 2.ª

¿No quieres verla?

NOVIO 2.º

Yo no quiero ver a nadie más que a ti.

NOVIA 2.ª

El traje es bonito, pero como ella es tan poquita cosa...

NOVIO 2.º

Tú sí que estarás bonita, aunque el traje sea feo.

NOVIA 2.ª

No será feo. Mi abuelita me regala unos encajes de Chantil

NOVIO 2.º

¡Ay, qué ricos! Digo, ¡qué bonitos!

NOVIA 2.ª

Y tía Laura, un collar de perlas, de esos que llaman de per

NOVIO 2.º

Tú no necesitas joyas. ¡Qué más joya que tú!

NOVIA 2.ª

Y mi tío Melchor, un regalo en dinero, mucho dinero.

NOVIO 2.º

Tú no necesitas dinero.

NOVIO 1.º

(*Saliendo por el foro.*) ¡Divina! ¡Divina! ¡Qué feliz soy! ¡N hay criatura más bonita en el mundo! (*A la Novia 2.ª*) ¡Ay! U ted perdone...

NOVIA 2.ª

No hay de qué. Lo mismo dice Leopoldo de mí. Voy a ver el otro traje. (*Vase por el foro.*)

NOVIO 1.º

¡Si la vieras! Por qué no has entrado?

NOVIO 2.º

Finita se enfada si me fijo en alguna otra, y tengo que hacer que no me importa ninguna. Ya me ha dicho que estaba muy guapa, ya lo creo, y yo he tenido que hacer, perdona, ¡pchs!, como si no me importara. Buena boda haces.

NOVIO 1.º

Me caso por cariño, no vayas a creer, como mucha gente...

NOVIO 2.º

Ya, ya. Pero el padre está muy bien: ha tenido siempre muy buenos destinos, y ella es hija única.

NOVIO 1.º

Son cinco hermanos.

NOVIO 2.º

Sí, pero ella es la única hija, y siempre quedará muy mejorada. Aunque no sea más que en trapos y en alhajas, y todo eso es dinero en un día de apuro, como los libros de texto.

NOVIA 2.ª

(*Saliendo por el foro.*) Venga usted, venga usted a ver el otro. Aún está más guapa.

NOVIO 1.º

Perdona. Voy, voy... (*Vase foro.*)

NOVIA 2.ª

Este sí que es bonito. Voy a fijarme bien.

NOVIO 2.º

(*Deteniéndola.*) Eso es, me dejas por un traje.

NOVIA 2.ª

(*Deseando marcharse.*) No seas tonto.

NOVIO 2.º

No me dejes. ¡Estamos tan poco tiempo solos!

NOVIA 2.ª

Naturalmente.

NOVIO 2.º

¿Quién te quiere?

NOVIA 2.ª

¿Quién me va a querer?

NOVIO 2.º

¿Quién es el bebé bobito de su bobita?

Novia 2.ª

¿Quién va a ser? Mira, nada más que fijarme en el *drap* la falda, y vuelvo en seguida. (*Al ir a salir por el foro se enc tra con el Novio 1.º, que sale con muy mala cara.*) ¿Qué le a usted?

Novio 2.º

¡Qué cara traes!

Novio 1.º

¡Eso es imposible!

Novia 2.ª

¿Qué?

Novio 1.º

El escote.

Novia 2.ª

Un escote de señora casada. No es de los más exagerados.

Novio 1.º

Que no paso por él. Mi mujer no se presenta así en ning parte.

Novio 2.º

Pero, de veras es... Voy a verlo.

Novio 1.º

(*Deteniéndole.*) No, no entres ahora.

Novia 2.ª

Pero, Leopoldo.

ESCENA XIV

Dichos, la NOVIA 1.ª, después la MAMÁ y la SEÑORA DE COM ÑÍA, que salen por el foro.

Novia 1.ª

(*Saliendo.*) Se acabó. Cuando quieras. ¿Qué es eso?

Novio 1.º

Ya te lo he dicho.

Novia 1.ª

¡Ah! ¿Es en serio?

Novio 1.º

Y tan en serio.

Novia 1.ª

Pues es una ridiculez.

NOVIA 1.ª

No es ridiculez.

NOVIO 1.º

Una cursilería, que es peor. Parece que nunca me has visto tada.

NOVIO 1.º

Sí; pero antes ponías en ridículo a tus papás, y ahora me pons a mí.

NOVIA 1.ª

¡Qué bonito!

MAMÁ

(*Saliendo.*) ¿Qué discuten ustedes?

NOVIA 1.ª

Nada; que ya no quiero trajes, que ya no me hace falta nada.

MAMÁ

¡Pero niña!

NOVIA 1.ª

Ya lo oye usted; no quiero vestidos. ¡Un hábito de jerga, una rtaja!... Eso... (*Llora.*)

NOVIO 1.º

Pero, mujer...

NOVIA 2.ª

¡Mujer, por Dios!

MAMÁ

Alguna imprudencia.

NOVIA 1.ª

Ya lo creo. Dice que el escote es... es escandaloso...

ESCENA ULTIMA

chos, MAD. TUTU, que sale por el foro y oye las últimas palabras. Después la Primera.

MADAME TUTÚ

¿Escandaloso? ¡Un escote de mi casa!

MAMÁ

Eso es faltarme a mí; suponer que yo había de tolerar... ¡Caallero! Tienes mucha razón, hija mía.

NOVIO 1.º

Pero, señora... Usted, que es razonable, que es usted una adre modelo, usted que comprende...

MAMÁ

¡Cuidado con lo que dice usted! No me falte usted de ese modo... Siempre me pareció usted un cominero. Los hombres no se fijan en esas cosas.

NOVIO 1.º

Porque se fijan, no me parece bien.

MAMÁ

Si empieza usted así, que será luego... Será usted de los que entran en la cocina y no dejan parar a las criadas.

NOVIO 1.º

¡Señora! ¡Señora!

NOVIA 2.ª

¡Ay, qué disgusto!

MADAME TUTÚ

¡Monsieur! ¡Monsieur!

NOVIA 1.ª

Yo no quiero casarme con ese hombre. ¡Ay, mamá! ¡Bien decías tú!

NOVIA 2.ª

Tú no serás así, ¿verdad?

NOVIO 2.º

Yo, nunca. Puedes escotarte todo lo que quieras.

NOVIA 2.ª

Por lo mismo que no te contraría, no me escotaré nunca... yo soy muy friolera.

NOVIO 2.º

Eres un ángel.

MADAME TUTÚ

(*Aparte al Novio* 1.º.) No se exalte usted, caballero. Subiré todo lo compatible. Pondré un tul... (*Aparte a la Novia* 1.ª) No haga usted caso. Le haré creer que se ha subido.

NOVIA 1.ª

No, no... Vámonos, mamá.

NOVIO 1.º

(A *Madame Tutú.*) La culpa la tienen ustedes con sus modas.

MADAME TUTÚ

¡Caballero! En escotes no creo que vaya usted a enseñarme a.

NOVIA 1.ª

¡Vámonos! ¡Vámonos!

MAMÁ

Sí, hija. No demos aquí el espectáculo.

NOVIA 1.ª

No me sigas.

MAMÁ

No nos siga usted.

NOVIO 1.º

¿Pero ven ustedes? (*Todos a un tiempo salen discutiendo por primera derecha.*) ¡Pero mujer!... Se pondrá mala del disgus-. Usted perdone...

MADAME TUTÚ

No hay de qué. Deploro... ¡Ay! ¡Vaya un día! ¡Matilde! atilde! (*Se presenta la Primera en el foro.*) No reciba usted a ie si no viene a pagar alguna cuenta. (*Vase la Primera por derecha. Dirigiéndose al público:*)

¿Les agradaron las modas?
No regateen ustedes:
paguen mi cuenta... en aplausos
y aquí se acaba el sainete.

FIN

NUMEROS PUBLICADOS DE "COMEDIAS,,

NÚM. I.—**Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**Enrique García Alvarez y Joaquín Abati:** Clara Luna.

NÚM. II.—**G. Martínez Sierra y Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**Carlos Arniches y Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!

NÚM. III.—**Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.

NÚM. IV.—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández:** Los campanilleros.—**Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballero...

NÚM. V.—**Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.

NÚM. VI.—**S. y J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero y G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.

NÚM. VII.—**G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez y Fernando Luque:** Calixta la prestamista.

NÚM. VIII.—**Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente:** De cerca.

NÚM. IX.—**Manuel Linares Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.

NÚM. X.—**Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso y Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.

NÚM. XI.—**Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo:** Lorenza, la Seria.—**Gregorio Martínez Sierra y Honorio Maura:** Mary, la insoportable.

NÚM. XII.—**Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.

NÚM. XIII.—**S. y J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo...—**Pedro Mata:** En la boca del lobo.

NÚM. XIV.—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.

NÚM. XV.—**Emilio G. del Castillo y Luis M. Román:** La Calesera. **Jacinto Benavente:** El amor asusta.

NÚM. XVI.—**G Martínez Sierra:** Sueño de una noche de Agosto. **Oscar Wilde:** Salomé.

NÚM. XVII.—**Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo y A. Asenjo:** Rocío, la canastera.

NÚM. XVIII.—**Alberto Insúa:** La madrileña.—**S. y J. Alvarez Quintero:** Fortunato.

NÚM. XIX.—**José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso** (hijo) y **Francisco Loygorri:** Las mujeres de Lacuesta.


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID